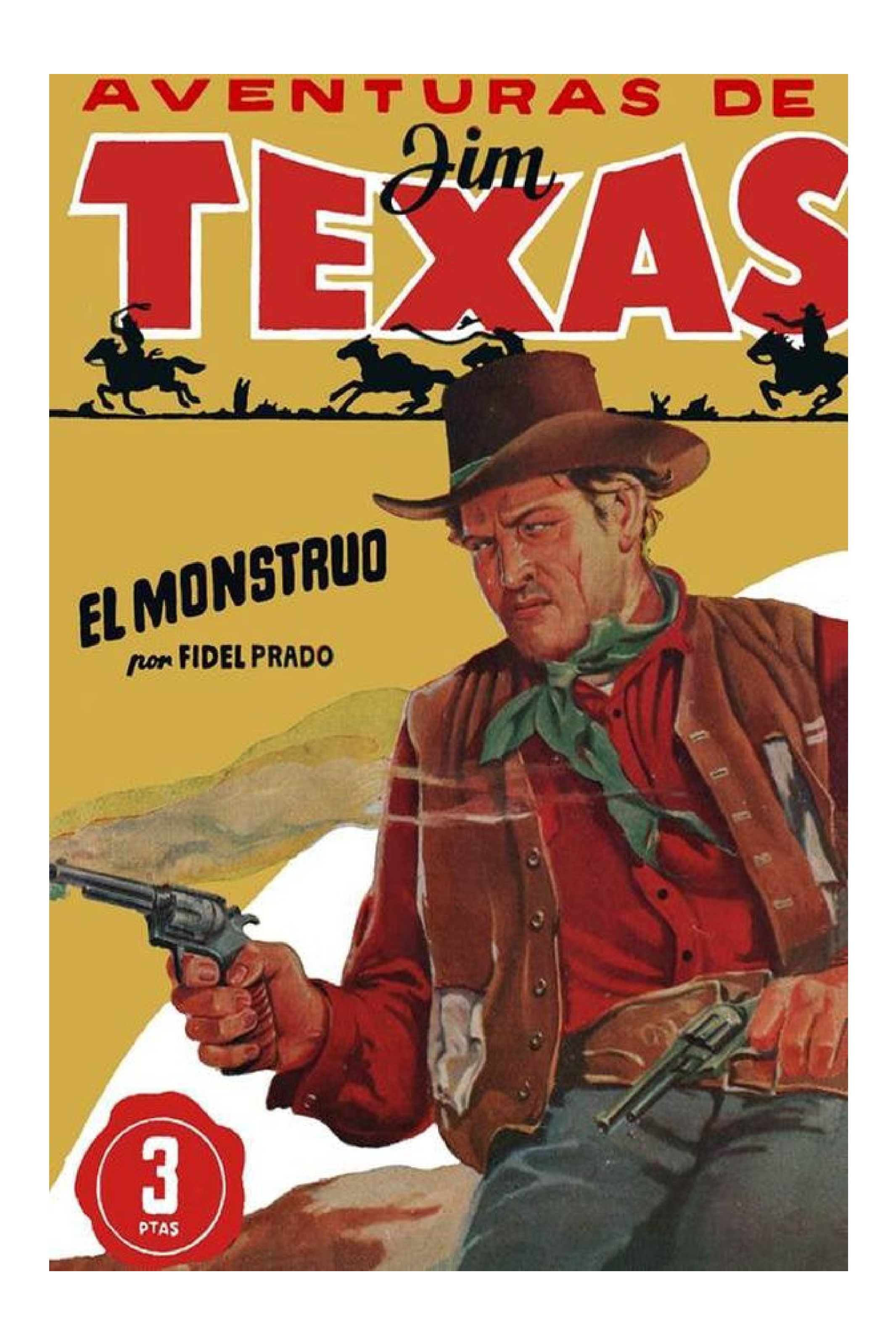
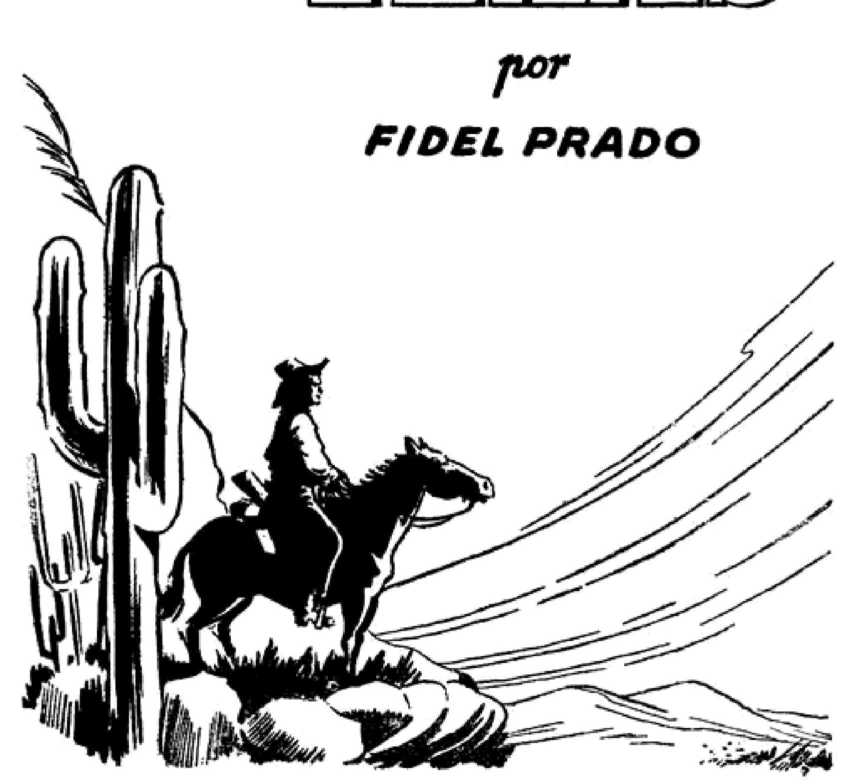

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
EL MONSTRUO
por FIDEL PRADO
3
PTAS

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA


ASÍ MURIÓ EL MONSTRUO
por
FIDEL PRADO

Capítulo Primero

Siguiendo una pista

LA captura del jefe mormón iba a poner fin a un estado de cosas demasiado serio en Utah. Todo el problema del mormonismo quedaría muerto, pues, diezmados y sin un jefe a quien seguir, los mormones se desanimarían y terminarían por renunciar a sus exóticos fueros entrando de lleno en las morales normas de toda la nación.

Nino, no conforme con las teorías de Jim, tenía aferrado a Brigham por el cuello y suplicaba cómicamente compungido:

—Manito Texas, ¡por el caballo del señor Atila! Déjame que le chamusque las barbas a tiros a este chivo loco y decrépito… Tú no te haces idea del tormento que me ha hecho sufrir y de lo que pretendía hacer conmigo… ¡Maldita sea Jalisco! ¿Por qué vas a respetar la vida de un sapo asqueroso como éste?

—Por una razón política, Nino. Brigham es un personaje a quien el gobierno tiene deseos de poner la mano encima. Si le matamos, sus secuaces harán de él un héroe y les servirá de estandarte para seguir un estado de rebelión con el que hay que acabar; pero si le entregamos vivo y le meten en la cárcel, sometiéndolo a proceso, toda su aureola de mártir se esfumará, convirtiéndole en un preso

ridículo y sin valor personal. Esto evitará un futuro derramamiento de sangre.

—¡Bueno va! ¡Cómo se conoce que al Gobierno no le han condenado a recibir cincuenta latigazos en las espaldas, ni ha tenido que pelear a tiros uno contra ciento! A ver si, al final, todavía van a tener que levantarle una estatua en Salt Lake City.

—No seas cerril, Nino. A ti te conviene más que a nadie hacer entrega de él vivo.

—¿Por qué?

—Porque yo me cuidaré de hacer saber que tú has sido el que le apresaste y esto será para ti un mérito tan grande, que cuando llegue la ocasión de que alguien pueda aspirar a ser gobernador de California, nadie te podrá disputar el derecho preferente por semejante hazaña.

Nino, al oír el razonamiento, se humanizó un tanto y preguntó, anhelante:

—¿De verdad que no me engañas, manito?

—¿Por qué te había de engañar? ¿Quién con más méritos que tú para ser el primero? Además, que la gente te reconocería ese derecho. Apresar al Patriarca de los mormones no es una empresa que realiza un cualquiera.

—¡Eso va bueno, manito! ¡Maldita sea Guadalajara! Si es así, no hay más que hablar… Le perdono la vida, pero… creo yo que me deberías dejarle acariciar sus asquerosas carnes con un buen látigo o así. Eso le sentaría bastante bien para que no se volviese a meter otra vez a Patriarca o así.

—No puede ser, Nino; es muy viejo y no resistiría el castigo. Déjale que el Gobierno le meta en una mazmorra y si se muere en ella, peor para él. Eso no te va a quitar a ti la gloria de haberle echado la mano.

Nino terminó por resignarse y Brigham, fuertemente amarrado, fue atravesado sobre la silla del caballo y trasladado a su guarida.

Los mormones que no cayeron en la refriega habían huido al interior de la montaña, quedando sólo una docena de prisioneros.

Texas celebró consejo con Born y el capitán que mandaba la tropa. Podía darse por terminado el problema de los mormones y sólo restaba hacer entrega del prisionero al Gobernador de Utah.

—¿Y Zenker? —preguntó Born, obsesionado con el astuto ex

secretario, cuya sombra se interponía como una montaña entre él y su felicidad.

—Habrá que buscarle —insinuó Texas—, quizá ande perdido por estas breñas. Creo que se debe enviar a Brigham a Salt Lake City y dedicarnos a buscar a ese reptil. Si logramos localizarle y acabar de una vez con él, nuestras aventuras habrán concluido y podremos reintegrarnos a nuestros hogares.

—Muy bien —apuntó Born— por mí parte les diré que no saldré de estas montañas hasta haber tropezado con él o tener la seguridad de que ha logrado huir hacia otro sitio. Mi felicidad depende de ello.

—Conformes —exclamó Texas—. Pero de momento, lo urgente es deshacernos de esta vieja carroña. Y propongo al jefe del destacamento, que se haga cargo de él y lo custodie hasta Salt Lake City. Nadie habrá de censurarle por haber abandonado el campamento tratándose de una cuestión tan primordial como esta, mucho más si alega que yo, en virtud de los poderes especiales que me ha concedido el Gobierno, le he confiado tal misión.

El jefe de la tropa contestó:

—Yo estoy a sus órdenes, señor Texas. Cualquier responsabilidad recaerá sobre usted.

—En ese caso, propongo que escoja veinte hombres para acompañar al preso y el resto los devuelva al campamento por si es precisa su presencia allí.

—Estoy dispuesto a emprender el camino cuando usted diga.

—Pues hágalo rápidamente, antes que el suceso trascienda y pudiera existir una reacción para liberar al preso.

Se formó la comitiva. Brigham reciamente amarrado, fue izado a lomos del caballo de uno de los soldados, mientras media docena de éstos, con los rifles atravesados sobre las sillas, daban escolta, atentos a cualquier reacción del preso. Detrás, atados en reata, iban los prisioneros escoltados por ocho soldados formando dos filas a los lados y el resto, cerraba la marcha mandados por el jefe.

Cuando alcanzaron la senda que descendía hacia el poblado, Texas advirtió:

—Nada de contemplaciones. Si alguien intentara un golpe de mano para liberarle, disparen sobre el antes que consentir su fuga. Si no sucede nada, lo entregarán al Gobernador de mi parte,

advirtiéndole que nos quedamos aquí porque aún nos falta por localizar al misterioso agente que ha movido todo este tinglado. Quizá nos veamos en el campamento antes de que abandonemos la montaña.

La tropa se dividió en dos secciones. Una, volvió grupas hacia el campamento y la otra, se encaminó al poblado en unión del preso.

Cuando por fin quedaron solos, Texas, Nino y Born, el primero dijo:

—Creo que nuestras investigaciones deben empezar en el lugar donde Zenker consiguió recobrar la libertad matando al mormón y apropiándose del caballo y las armas. Allí debemos empezar a buscar su rastro.

—Sí, pero ¿quién encuentra la entrada a ese cañón?

Texas afirmó:

—Volveré a descender a él y la buscaré, para que puedan bajar ustedes, y si no la encuentro… tendremos que buscar la forma de bajar todos.

—Pero eso es muy expuesto. El último se expondría a romperse los huesos teniendo que descender sin ayuda.

—Espero poder, resolverlo, Born. Hay muchas cosas que con ingenio no resultan tan difíciles como parecen.

Regresaron de nuevo al lugar donde Nino había librado la descomunal batalla con los mormones. Éstos, no se habían preocupado de recoger sus muertos y el lugar aparecía sembrado de cadáveres.

—¡Bonito festín para los grajos! —advirtió Nino—. ¿Qué hacemos con ellos?

—No creo que nuestro tiempo merezca la pena de ser perdido enterrándolos. Déjalos ahí y que los buitres y chacales se envenenen con ellos.

Se acercaron al borde de la sima y Texas, antes de lanzarse al arriesgado ejercicio de descender, estuvo examinando los alrededores.

—Ya tengo resuelto el caso —afirmó—. Como Nino es más pesado que nosotros, le ayudaremos a descender entre los dos y después, como tenemos cuerda resistente para el descenso, ataremos reciamente un cabo a uno de estos peñascales y nos dejaremos deslizar por la cuerda hasta llegar al fondo. Es mejor que perder el

tiempo explorando el cañón.

—Como usted quiera. Yo soy capaz de intentar lo que usted intente.

—Pues no se hable más. Nino, disponte a bajar.

—Diablo —masculló el mejicano—. ¿Tú crees que esa cuerda resistirá el peso de mi cuerpo?

—¡No seas cobarde, Nino!… ¡Que diga eso un hombre que no ha tenido miedo a cien rifles!

—¡Caray!… Cien rifles no son una miserable cuerda como ésta. Prefiero morir de un tiro, ¡maldita, sea Jalisco! Que dejarme los sesos en un peñascal de éstos.

—Bueno, pues no tendrás más remedio y si lo piensas un poco, te agarro del bigote y te mando allá abajo sin cuerda ni nada.

—Bueno, va, manito, en ese caso, prefiero la cuerda y que sea lo que la Virgen de Guadalupe quiera.

La cuerda quedó atada a un hito rocoso, pero Texas y Born se afianzaron a ella para ayudar al mejicano. Éste se la ató a la cintura, se inclinó sobre el borde del risco y apelando a la poca agilidad que poseía, pero sirviéndose de las ramas de los espesos matorrales de la pared del cañón, inició lentamente el descenso. Media hora más tarde, su voz profunda llegaba débilmente desde el fondo, advirtiendo:

—Bueno va, manito. Ya llegué al fondo de este infierno. Ahora, a ver cómo os las componéis vosotros para bajar.

Texas obligó a Born a seguir el camino del mejicano y cuando el agente se disponía a bajar, Texas advirtió:

—No podemos seguir este camino los tres, Born. ¿Qué haríamos de los caballos entonces? He pensado que sigan ustedes la pista, mientras yo regreso al campamento y dejo allí nuestras monturas. Todo es cuestión de horas. Mañana por la mañana, con lo que hayan descubierto, regresen al lugar donde han descendido y me uniré a ustedes. Yo no me había acordado de los caballos.

—Bien —dijo Born— así se hará, pero cuando regrese, tráigase algunas latas de conserva de allí. Las necesitaremos.

—Descuide. No creo que lograrán descubrir mucho, pero al menos serviría para iniciar sus exploraciones.

Cuando Born se encontró en el fondo del cañón en compañía del mejicano, Texas recogió la larga cuerda, la escondió en una

oquedad del terreno y se encaminó al campamento donde llegó anochecido.

Durmió allí y a la mañana siguiente, con un saco lleno de provisiones, se dio la larga caminata hasta la sima, donde llegó mediado el día.

Desde el reborde, llamó a Nino y a Born arrojando algunas piedras para fijar su tención, pero nadie respondió a la llamada y extrañado, se dispuso a descender.

O sus compañeros habían sufrido algún contratiempo, o se encontraban siguiendo alguna pista interesante que les había impedido regresar a la hora fijada.

Extrajo la cuerda, la ató al peñascal y con gesto decidido, se lanzó por la pared del talud hasta alcanzar el fondo a costa de arriesgado ejercicio.

Ya allí, tuvo que dejar abandonada la cuerda y cargando con el saco de las provisiones, se adentró por el estrecho cañón, buscando el rastro de sus amigos.

Se hallaba un tanto inquieto por su ausencia y, no sabía si considerarlo una buena señal, o el presagio de algún serio contratiempo.

El cañón se deslizaba en revueltas por el reborde del talud que se erguía casi recto por la derecha y completamente recto por la izquierda y poco a poco, iniciaba una suave pendiente, indicando que más tarde o temprano ganaría algún lugar alto y abierto.

El duro terreno no le permitía descubrir huella alguna que denunciase el paso de Nino y Born. La piedra repelente no había dejado rastro y tuvo que seguir la senda a la espera de encontrar un terreno más blando propicio a las huellas.

De todas maneras, estaba seguro de que tenían que haber seguido por allí. No se abrían más caminos en el cañón y más lejos o más cerca, tenía que localizarles.

Lo que no se explicaba, era el motivo que les había obligado a seguir adelante, olvidando que debían reunirse con él. El asunto debía ser urgente e interesante, para que sólo se preocupasen de seguir el sendero.

Avanzó más de una milla por aquel camino encajonado, que, aunque seguía en cuesta, no parecía salir nunca a terreno abierto. Al contrario, por algunos lugares, el talud del lado derecho se

elevaba como si pretendiese escalar el cielo y se preguntaba intrigado a dónde le conduciría.

Mucho más adelante, algo le llamó la atención y se detuvo sorprendido.

Se trataba de un recio arcón labrado y al examinarle, descubrió que había sido forzado con dinamita, pues presentaba las señales del humo del cartucho.

Era una arqueta bastante regular, pues mediría tres cuartas partes de metro de largo por medio de ancha y de alta. El labrado del metal, indicaba la mano de un artista y al darla la vuelta y examinarla con más atención, descubrió entre el chamuscado de la tapa un nombre, «Young Brigman».

Texas se quedó mudo de asombro. Aquella arqueta de labrado primoroso indicaba que pertenecía al Patriarca mormón, e indudablemente la usaba para guardar en ella su caudal o sus joyas y si así era, ¿cómo había llegado hasta allí y quién la había forzado?

Texas pensó que durante el combate, alguien se había hecho cargo de la arqueta y había huido con ella para apropiarse de su precioso contenido, pero ¿por dónde? Aquello estaba alejado del lugar de la lucha y en un sitio muy bajo. Indudablemente, o existía un paso desde la parte alta del cañón, o la caja había sido arrojada al cañón para librarla de caer en manos de Texas y sus ayudantes.

Esto podía ser admitido, pero ¿quién había huido con el contenido y dónde había ido a parar? Indudablemente, Nino y Born debían haber tropezado con la caja, nadie podía pasar por allí sin verla y quizá este fuese el motivo de que no regresasen en su busca. Si habían encontrado alguna pista, quizá la estaban siguiendo y no la abandonaban seguros de que él seguiría sus huellas y se reuniría con ellos.

Echó un vistazo alrededor por si descubría algo y después de una búsqueda minuciosa, se aseguró en sus sospechas. Entre la reseca hierba, había visto relucir algo y al inclinarse y recoger el brillante objeto, descubrió que se trataba de una preciosa sortija labrada caprichosamente con un zafiro muy bello.

Se guardó la alhaja convencido de que sus suposiciones eran ciertas y abandonando la arqueta, siguió adelante, Estaba ansioso de reunirse con sus amigos y debía forzar el paso para alcanzarlos cuanto antes.

Impaciente, aceleró el paso y siguió adelante. Las paredes del cañón se iban ensanchando y Texas creyó que aquello era síntoma de que pronto podría salir a un terreno más abierto.

Así llegó hasta un lugar donde el cañón tomaba una bifurcación partiéndose en dos. Aquello era más grave, pues ignoraba por cuál de los dos caminos habían seguido Nino y Born.

Pero cuando se encontraba más perplejo preguntándose por cuál se decidiría, un papel que el viento agitaba y que se hallaba en tierra, sujeto por una pequeña piedra, llamó su atención. Un papel en aquel lugar y en semejantes condiciones, no era cosa normal y se acercó a examinarle.

Levantó la piedra y observó que estaba escrito. Una sonrisa de satisfacción iluminó su semblante al descubrir que estaba firmado por Born.

Éste, en una hoja de su cuaderno de notas, había escrito:

«Texas, siga adelante por el sendero de la derecha. Seguimos la pista de Zenker, por eso no hemos regresado por si la perdíamos. Si llegamos a algún lugar donde no sea fácil encontrarnos, haga lo que le parezca, pero nosotros si conseguimos algo como si no, nos dirigiremos una vez terminada nuestra misión a Salt Lake, al palacio del Gobernador.

Born».

Texas respiró más tranquilo. Ahora sabía que nada grave les había sucedido a sus fieles auxiliares y que seguían una pista. El hecho de que Bon dirigiese la operación le animaba, porque Nino en cuestión de iniciativas era una nulidad.

Y más reconfortado, se afianzo el saco de las provisiones a la

espalda y siguió por la ruta indicada.

Capítulo II

Una fortuna llovida del cielo

CUANDO ZENKER, después de su brutal caída por el talud, se vio libre gracias a aquella trágica intervención del mormón que le auxiliara, decidió seguir cañón arriba en busca de la salida. Ahora estaba rodeado de enemigos por todas partes y tenía que huir tanto de los mormones como de Texas y sus amigos, pues cualquiera que le encontrase, tendría algo que vengar en él.

Poseía un buen caballo, un rifle, un revolver, cartuchos, una cantimplora y en un pequeño saco que colgaba de la silla, algunas provisiones de boca. Con todo aquello, podía resistir algunos días y defenderse y si lograba burlar la vigilancia de los mormones y alcanzar la senda por algún sitio ignorado, se dirigiría a la capital donde le sería más fácil esconderse.

Una vez allí, buscaría la forma de vigilar las entradas al poblado. Texas tendría que regresar a él más tarde o más temprano y si lograba localizar su pista, se entregaría de lleno a su venganza, desentendiéndose de los mormones que solamente habían sido un incidente egoísta en sus planes.

De buena gana se hubiese cobrado todos los peligros corridos a causa de Brigham, pero éste era secundario en su vida y no merecía

la pena complicársela estando también pendiente del caduco Patriarca.

Siguió caminando a lomos del caballo, pero debido a las varias noches pasadas en blanco, a los dolores que le habían producido la caída y las ligaduras que le atenazaron tantas horas se sentía rendido y sin fuerzas para seguir caminando.

Necesitaba descansar a todo trancé para no dormirse sobre la silla y entendiendo que ningún lugar mejor que aquel, pues nadie sería tan suicida que bajase a comprobar cómo se había estrellado en el fondo del abismo, decidió buscar un refugio y dormir unas horas para recobrar fuerzas.

Entre la espesa maleza, se fabricó un hueco, tendió dentro la manta que encontró en el caballo y ocultándose tras la espesa cortina de arbustos, se tumbó, quedando dormido rápidamente.

No le fue posible precisar cuántas horas estuvo entregado al sueño. Debían ser muchas, porque se encontraba reposado y rehecho, aunque molido del duro lugar donde había reposado y abandonando su refugio, decidió continuar el camino.

Pero al salir al sendero, captó arriba, de un modo confuso, un incesante tiroteo. No podía adivinar a qué obedecía, pero calculó que se había entablado una lucha con los mormones y adivinaba que todo debía ser obra de Texas.

Estaba intrigado por el estruendo de las detonaciones, pero nada podía intentar para descubrir la causa, porque no había forma de abandonar aquel largo pozo.

Lentamente, fue caminando. Quizá de lo que estuviese sucediendo en lo alto de la montaña dependiese su seguridad y su libertad, pero esto sólo lo diría el tiempo. Por fin, el tiroteo decreció hasta casi cesar por completo y Zenker tan intrigado como al principio, siguió caminando.

Había adelantado un buen trozo, cuando un ruido especial que parecía proceder de lo alto del talud, le obligó a levantar la cabeza; alarmado.

A la luz del sol que caía recto desde lo alto, distinguió un objeto que descendía rebotando de pared en pared con ruido sordo, hasta que terminó su descenso estrellándose en el duro fondo del sendero, a veinte yardas de él.

Zenker siguió mirando a lo alto por si caían nuevos objetos y no

verse expuesto a recibir alguno en la cabeza, pero cuando se convenció de que no arrojaban más y de que aquél debía haber caído de manera fortuita, se acercó, descubriendo con asombro que se trataba de una preciosa arqueta de hierro repujado, cuyo peso era bastante excesivo para su tamaño.

Aquel adminículo le obligó a meditar. Estaba, haciendo memoria para recordar dónde había visto antes otro igual o parecido, hasta que al cabo de un buen rato sonrió con regocijo.

¡Claro que había visto uno igual! Aquella arqueta era propiedad de Brigham y la había visto junto a él, cerca de su asiento, tantas veces como había penetrado en la gruta que le servía de refugio.

Muchas veces se había preguntado cuál sería su contenido, sospechando que se tratase del dinero y las alhajas del Patriarca mormón, pero no estaba seguro de ello.

Ahora, la casualidad le ponía de nuevo frente a la arqueta. Quizá arrojada por alguien al fondo del abismo después de apropiarse de su contenido.

Aquella arqueta le decía que Brigham, debía haberlo pasado muy mal durante el ataque. Quizá se había visto obligado a huir deshaciéndose del pesado adminículo, o quizá algún rapaz mormón se había apoderado de ella en la confusión de la lucha, huyendo con el contenido.

Casi seguro de que el arca se encontraría vacía, se apoderó de ella examinándola, pero el peso excesivo, el ruido que se producía en su interior al moverla y el encontrarla completamente cerrada, le advirtieron que se había equivocado.

Ahora tenía que sospechar que alguien la había arrojado allí para salvarla de manos de sus enemigos, seguros de que en aquel lugar no sería encontrada más que por quien la había arrojado allí.

Por mucho que la examinó, no encontró la forma de violentarla y como le parecía una impedimenta demasiado pesada y voluminosa para viajar con ella, decidió abrirla del único modo que tenía a mano.

Maniobró con un par de cartuchos que aplicó a la tapa junto a la cerradura y con hilos de la manta, fabricó una pequeña mecha que prendió fuego, separándose de aquel lugar, para evitar la explosión.

Tuvo suerte. La pólvora hizo saltar la cerradura y al abrir la caja, una luz de siniestra alegría brilló en sus ojos.

El cofre encerraba una serie de alhajas valiosísimas, que por sí solas constituían un excelente capital. Quizá mal tasadas, alcanzasen el millón de dólares y no había solamente alhajas, sino una excelente cantidad de monedas de oro.

Febrilmente se dedicó a llenarse los bolsillos de alhajas y monedas y como todas no tuviesen cabida en ellos, vació el saco que pendía de la silla del caballo y guardó en él hasta la última moneda y la última sortija que encontró.

Parecía un avaro devorado por la fiebre del atesoramiento. Sus ojos refulgían de codicia y sus manos temblaban al remover en los bolsillos aquel inesperado tesoro. Ahora no pasaría angustias por falta de dinero. Era rico con avaricia, pero todo el dinero lo tenía en Wáshington bien camuflado para que no se lo pudiesen apropiar, pero en cambio, allí se encontraba casi sin un centavo, pues había gastado todos los ahorros que llevara a Utah.

Ya podía maniobrar a su gusto. Si necesitaba gente para sus proyectos, podía buscarla y pagarla ampliando así su radio de acción y en cuanto a las alhajas, quizá en aquella región no pudiese deshacerse de ellas por si eran conocidas, pero cuando regresase a Wáshington, las haría desmontar y fundir y su capital se vería acrecentado considerablemente.

El hallazgo le reconciliaba con Brigham. Cierto era que le había tratado como a un paria y había intentado deshacerse de él, pero se lo estaba cobrando en buena moneda al apoderarse de modo accidental de su patrimonio.

Satisfecho de la ayuda que la suerte le estaba prestando, decidió seguir hacia adelante. Si al final no le volvía la espalda y conseguía salir de aquel laberinto, podía considerarse el hombre más afortunado de la tierra.

Por fin, llegó a un lugar donde el cañón presentaba un corte abriéndose en dos ramales. La duda le asaltó, pues no sabía por cuál decidirse y pareciéndole mejor el de la izquierda, continuó por él.

En nada se diferenciaba del camino que había seguido hasta entonces, salvo que parecía ir estrechándose poco a poco y así, cuando había caminado por él durante más de dos horas, lanzó una maldición.

Al final, una muralla de granito se erguía ante él cerrándole el camino y no tenía más remedio que volver sobre sus pasos y seguir

el otro sendero.

Mediado el día, se sentó sobre una piedra junto a un hilo de agua clara que se vertía desde lo alto de los peñascales y tomando algunas viandas que había encontrado en el saco del mormón, dio satisfacción a su estómago, bebiendo después del agua cristalina que descendía de las alturas.

Extrajo la pipa, la atascó de tabaco y fumó con fruición. El sol en plena carrera, caía de lo alto como una brasa y un calor sofocante se notaba en aquella estrecha fisura al recoger la piedra el fuego solar y despedirla como un horno.

Fumando, se sintió invadido de un extraño sopor y se quedó dormido, despertando cuando ya la luz era bastante tenue y el anochecer se hallaba avanzado.

Aquella pérdida de tiempo le contrarió. En la sombra, no se atrevía a seguir caminando por un lugar que desconocía y entendió que lo mejor era pasar el resto de la noche allí mismo y continuar el camino al amanecer.

Distrajo su impaciencia hasta que fue noche cerrada y arrebujándose en la manta, pues a tales horas el frío arreciaba en aquel lugar, se dispuso a pasar la noche lo mejor posible.

Durmió a ratos, siempre preocupado con aquel tesoro que parecía quemarle en los bolsillos y cuando de nuevo salió el sol, llenó de agua su cantimplora y montando a caballo, buscó el otro sendero.

Cuando llegó a él, no descubrió señal alguna de persecución y siguió hacia adelante. Ardía en impaciencia por verse lejos de aquellos lugares tan peligrosos.

Poco a poco el cañón perdía su estrecha figura, convirtiéndose en una especie de desfiladero que ascendía bruscamente hacia arriba. Enormes peñascales se alzaban en su centro, formando senderos y revueltas y poco más tarde empezó a convertirse en una ancha cornisa que al subir, iba abriendo en el lado izquierdo una nueva sima.

Ésta, debía corresponder a una torrentera, pues Zenker sentía el bramido del agua abajo deslizándose fieramente al batir la piedra y dibujó un gesto de desagrado, pues cualquier contratiempo en semejante lugar le exponía a verse precipitado al fondo.

Dándose toda la prisa posible, avanzó por la pina cornisa hacia

arriba. Ansiaba dejar a su espalda lugar tan repelente y maniobrar por terrenos más amplios.

Aquel extraño camino giraba bruscamente a la derecha. Zenker distinguía la brusca curva que parecía querer apartarse de la sima y azuzando al caballo, intentó ganar el recodo, pero cuando se encontraba a unas treinta yardas de él, dos figuras aparecieron por detrás del peñascal armadas de rifle y una voz ronca le dio el alto.

Zenker emitió una maldición al ver cortado su camino. Aquellos dos tipos debían ser mormones que vigilaban la salida del cañón y si le reconocían, no sólo no le dejarían pasar, sino que tratarían de apresarle, cosa a la que no estaba dispuesto.

Para entretenerles y confiarles, se detuvo gritando:

—¿Quién sois?

—¿Quién eres tú y de dónde vienes por este camino?

—Venía a buscar ayuda. Mi compañero se ha caído ahí atrás al sufrir su caballo una espantada y se ha herido gravemente en la cabeza. No tenía medios de curarle y me rogó que me adelantase a suplicar auxilio.

—¿Quién es tu compañero?

—Joe Wied.

Los dos vigilantes se miraron un momento, abandonando la vigilancia de Zenker y éste aprovechó la indecisión para afianzar el revólver y ocultarlo en la silla tras el cuello del caballo.

—¿Joe Wied? —insinuó uno—. No le conozco por el nombre.

—Bueno, es igual que le conozca o no, tampoco yo sé quiénes sois vosotros. Somos tantos…

—Pero para cuidar de esta salida no somos muchos. ¿De dónde veníais?

—De echar un vistazo al otro lado del cañón. Por allá arriba hemos oído tiros, pero abajo no sucede nada.

—Bien, basta de hablar. Danos la contraseña.

Zenker se consideró perdido. Sin duda, aquel lugar era estratégico y en previsión de sorpresas, todos los que entraban y salían debían dar una señal para reconocerse.

Rápido como una centella gritó:

—¡Ahí va la contraseña!

Levantó el brazo armado de revólver y disparó precipitadamente por dos veces. El primer disparo, alcanzó a uno de los mormones

hiriéndole en el pecho y haciéndole caer sobre el sendero, pero el segundo le falló, pasando alto sobre la cabeza del segundo guardián. Éste, replicó con rapidez usando su rifle y el tiro, mal dirigido, se fue a clavar en el pecho del caballo. El animal, al sentir en sus carnes la quemadura de la bala, se puso de manos violentamente, amenazando con lanzar a Zenker de la silla.

Ileso se sostuvo a duras penas en ella y rabioso, disparó de nuevo tratando de eliminar a tan peligroso adversario, pero el mormón erguido en el sendero, volvió a disparar y un nuevo proyectil fue a herir al pobre caballo.

Éste enloquecido, no pudo resistir el dolor y botó sobre el duro sendero arrancando chispas a la piedra. Ciego y sin posible control, se revolvía en la senda de un modo trágico y Zenker, adivinando que en una de aquellas mortales corvetas, perdería pie e iría a parar al fondo de la torrentera, sacó el pie del estribo y trató de abandonar la montura, pero cuando estaba a punto de conseguirlo, el caballo se escurrió por el reborde y fue a hundirse en el vacío, al tiempo que él pretendía abandonar la silla.

Lanzado violentamente del asiento, cayó hacia el vano y como un muñeco, siguió el trágico destino del infeliz cuadrúpedo, yendo a sepultarse con él, en la sima.

Cuando el asombrado vigilante se dio cuenta del trágico final de su enemigo y acudió al lugar de la tragedia, nada pudo descubrir. Abajo, distinguía confusamente el brillo y la espuma del agua al deslizarse por el cauce que debía ser bastante ancho, pero nada se distinguía del caballo y del jinete.

Satisfecho de su hazaña, corrió en auxilio de su compañero, pero nada podía hacer ya por él. El tiro de Zenker le había atravesado los pulmones y acababa de expirar.

* * *

Cuando Born descendió al fondo del cañón y se reunió con Nino, dio cuenta a éste de la decisión de Texas; al mexicano le contrarió el suceso, entendía que habían perdido demasiado tiempo desde que Zenker se dejara rodar por la pared del talud y sospechaba con lógica, que ya no les sería fácil localizar su pista, mucho más teniendo que esperar a Texas. Born para no aburrirse, propuso:

—Creo que debemos aprovechar el tiempo por nuestra cuenta. Cuando Texas quiera volver del campamento, será de noche y ya no podrá descender. Tendremos que esperar a que nazca el día.

—Bueno —¡maldita sea Jalisco!— maldijo Nino —hagamos algo o reviento de rabia.

Avanzaron por el cañón hasta alcanzar la arqueta violentada por Zenker. El descubrimiento les alegró, pues les facilitaba la segura pista del ex secretario y Born comentó:

—Ha volado la arqueta. Ese tipo es un ave de rapiña que ni al borde del sepulcro perdona saciar su ambición. Si este chisme contenía el tesoro de los mormones, la impedimenta debe pesarle mucho.

—Bueno —repuso Nino— así, si le echamos mano, nos haremos ricos al tiempo con el botín. Yo habré tenido que perdonar la vida o así a ese cerdo barbudo, pero me lo cobraré con la parte que me toque de su tesoro. Al menos, que me compense de los malos ratos que me hizo pasar.

Sin dar importancia al cofrecillo, siguieron caminando hasta que al hacerse de noche, decidieron hacer alto y buscar la forma más cómoda de dormir hasta el amanecer. Como no tenían mantas, tuvieron que guarecerse entre los arbustos y pasaron una noche molesta. Por otra parte, el hambre les torturaba y hasta que Texas apareciese con algo que llevar a la boca, debían apretarse el cinto y aguantar.

Apenas amaneció, abandonaron su refugio y antes de regresar al punto de partida, Born decidió avanzar un poco por si descubría algo.

Y lo que descubrió le obligó a llamar a Nino para que lo conociese. Acababa de llegar a la bifurcación del cañón y al examinar ambos senderos había descubierto en el de la derecha una pipa, que, sin duda, se le había caído a Zenker al tomar aquella ruta.

Aún más, descubrió excremento del caballo y éste le pareció tan fresco, que, tomando a su cargo la resolución de continuar, dijo:

—Nino, creo que debemos dejar aquí una nota a Texas y seguir adelante. Me da el corazón que por alguna causa ignorada, ese cerdo se ha retrasado en salir de esta ratonera y le estamos pisando los talones. Dejando la nota, Texas no se equivocará y seguirá esta

ruta y si la suerte nos ayuda y echamos mano a ese sapo, cuando llegue, todo habrá concluido.

—Bueno va —comentó Nino—. Estaba deseando que llegase manito Texas, porque tengo un hambre que me comería el cuero de mil polainas, pero si el retraso es para poder echar mano a ese reptil, ¡maldita sea Guadalajara!, soy capaz de estar una semana más sin comer.

—Pues adelante. Si perdiésemos cuatro o cinco horas, quizá llegaríamos tarde a alcanzarle.

A toda prisa, se adentraron por d sendero y cuando se enfrentaban con la parte donde empezaba la comisa se sobresaltaron al oír dos disparos de arma de fuego. ¿Qué había sucedido para que en aquel lugar hundido y al parecer alejado de todo tráfico y movimiento, se produjese semejante suceso? Era indudable que Zenker andaba por allí, pero ¿quién más?

Apresuradamente, desenfundaron sus revólveres y se lanzaron a todo correr cornisa arriba. Querían llegar a tiempo de intervenir en la lucha si ésta se había entablado únicamente entre Zenker y algún mormón perdido por aquel lugar.

Vibraron dos tiros más; captaron relinchos dolorosos de caballo y cuando alcanzaban un lugar propicio para acercarse al lugar de la refriega, sólo tuvieron tiempo a descubrir fugazmente, como un jinete y una montura se escurrían por el reborde del lado izquierdo de la cornisa y desaparecían en el vacío.

Fué tal su asombro, que quedaron un momento indecisos sin darse cuenta de lo que les rodeaba, hasta que el seco estampido de una detonación y el silbido de una bala rozando la cabeza de Nino, les advirtió que también ellos corrían serio peligro.

Rápidamente se arrojaron al suelo y con los revólveres empuñados, contestaron a la agresión, pero el enemigo al darse cuenta de su inferioridad, se protegió contra el saliente de la roca donde el sendero torció bruscamente y desde allí, abrió fuego, obligando a los dos aventureros a retroceder arrastrándose por la roca para no exponerse a recibir un tiro sin miedo de cazar a tan tozudo agresor.

Ya no podían seguir avanzando. Tenían que resignarse a esperar que Texas se incorporase a ellos y quizá con su ayuda poder eliminar aquel estorbo para poder seguir adelante.

Amparándose en algunas depresiones del talud, pudieron incorporarse y estar atentos al sendero. De vez en vez, uno de ellos se aventuraba a extender el brazo y a disparar, pero como un eco, el vigilante de la salida respondía con otro disparo de advertencia.

Esta situación se prolongó hasta mediado el día, en que Texas que había seguido la advertencia de Born, apareció en la cornisa.

Born, que le esperaba de un momento a otro, se corrió hacia abajo para evitar que se expusiese a ser cazado por el defensor de la salida y cuando Texas quedó al corriente de la situación, preguntó:

—¿Pudieron ustedes precisar si se trataba de Zenker?

—No. Alcanzamos el lugar en el momento en que jinete y montura saltaban al vacío. Fué una visión tan rápida, que casi no tuvimos lugar a apreciarla.

—Entonces, no debemos quedar conformes con el suceso… Puede o no puede haber sido él. Ha transcurrido mucho tiempo desde que rodó por el abismo aquel y lógicamente había tenido tiempo a intentar la salida antes de ahora. Es lástima no tener la seguridad para estar más tranquilos, así es que debemos seguir actuando como si ese suceso no tuviese nada que ver con nuestra misión. Y ahora, vamos a ver si podemos cazar a ese tipo que se ha propuesto cerrarnos el paso. Si le cogemos vivo, quizá declare algo que nos saque de dudas, pero antes, tomen algún alimento. Deben tener un hambre atroz.

CAPÍTULO III

UN DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE

NINO y Born, protegidos por algunos salientes de la roca, devoraron con ansia parte de las viandas que Texas les ofrecía y cuando hubieron saciado el hambre atrasada que sentían, Nino más reconfortado, exclamó:

—¡Bueno va, manito! Con este tónico creo yo que un sapo indecente como ese que nos cierra el paso, es una hormiga armada de rifle. Ahora mismo salgo en su busca y como no me acierte al primer disparo, te juro ¡maldita sea Guadalajara! Que le hago harina para tortas o así.



—Tú te estarás quieto y no cometerás tonterías. Por si te acierta al primero y luego no puedes cumplir tus deseos, te estarás quietecito. Vamos a ver cómo conseguimos eliminarle sin exponernos a digerir plomo.

Texas se asomó prudentemente por el reborde del saliente y después de echar un vistazo hacia adelante para darse cuenta de la posición del enemigo, exclamó:

—Creo que podemos engañarle lo suficientemente bien para que cometa una imprudencia. Born, tome su rifle, coloque su sombrero en la punta y muévalo hacia adelante lentamente a ras del suelo, como dando la impresión de que se arrastra usted por él. Con que asome un poco el cuerpo para disparar, tendré bastante.

Born obedeció la orden de Texas. Se tiró a tierra, colgó el sombrero del cañón del rifle y lo avanzó lentamente casi rozando la roca, para dar la sensación de que se arrastraba por ella.

El mormón medio oculto por el recodo, sólo alcanzó a distinguir el sombrero, moviéndose con lentitud y creído de que sus enemigos trataban de avanzar arrastrándose por la senda, asomó la cabeza levantando el brazo para disparar.

Pero Texas, que acechaba esperando aquel movimiento, estiró el brazo y disparó a ras del talud.

El proyectil demasiado ceñido a la pared rocosa, no alcanzó al mormón por el desnivel que ofrecía, pero al estrellarse contra el

saliente, batió la piedra que saltó en peligrosos fragmentos y uno de ellos, con la misma fuerza que un proyectil, fue a clavarse en la frente del vigilante, obligándole a emitir un rugido de dolorosa angustia.

Por un momento trató de sostenerse en pie, pero poco después vacilaba, para caer de bruces poniéndose al descubierto.

Nino saltó con el revólver empuñado, dispuesto a rematarle, pero Texas se opuso, diciendo:

—¡Quieto! Nino, le necesitamos vivo. Si sabe algo y no ha muerto, le obligaremos a que hable.

Rápidamente avanzaron hacia el caído, el cual se revolcaba presa de los más terribles dolores a causa de la brecha que el trozo de roca le había producido al clavársele en la frente.

Incapaz de todo movimiento defensivo, no pudo evitar que sus enemigos cayesen sobre él desarmándole. El mormón les miró con odio infinito, pero no hizo comentario alguno a su mala suerte.

Nino, furioso, rezongó:

—¿Qué te creías, sapo indecente, que nos ibas a cazar como a conejos? Tenemos la piel muy dura para dejárnosla agujerear por un idiota o así como tú.

Texas se inclinó sobre el herido y aplicándole un pañuelo para contener la hemorragia, exclamó:

—Habla si no quieres que te deje desangrar como un añojo recién degollado. ¿Qué hacías aquí?

El herido rechinando los dientes, repuso:

—Vigilar.

—¿El qué?

—La salida del cañón.

—¿Dónde conduce esta salida?

—A la montaña.

—No me descubres el Pacífico con eso. Pregunto a qué lugar exacto.

—Cerca de la cueva del Patriarca.

—¿Por qué la vigilabais?

—Para que nadie pueda atacar por este lado por sorpresa.

—¿Acaso ignoras que Brigham está a estas horas preso en el palacio del Gobernador de Utah?

—No es posible. Nadie sabía dónde se ocultaba…

—Bueno, muchacho, estás un poco atrasado de noticias. Tu Patriarca está preso desde ayer. ¿Cuánto tiempo llevas aquí vigilando?

—Cinco días.

—Por eso no te has enterado de nada. Ya los morones nada tenéis que defender sino es someteros a la autoridad del Estado. Te has expuesto a morir tontamente.

—No te creo.

—Lo verás por tus propios ojos si te dejo con vida. Todo depende de cómo contestes… ¿Por qué ha caído muerto tu compañero?

—Porque le disparó un tiro un intruso que se presentó por la senda tratando de filtrase por ella. Le dimos el alto y le pedimos la contraseña para pasar. Entonces disparó hiriendo mortalmente a mi compañero, pero yo conseguí herir su caballo por dos veces. Entonces el animal, loco de dolor, saltó y perdió pie, cayendo a la torrentera.

—¿Quién era ese intruso?

—¿Yo qué sé? ¿No digo que no le conocíamos?

—Dame sus señas.

—Era moreno, de buena estatura, de ojos negros y brillantes. Vestía una chaqueta negra, un pantalón gris y media bota.

Las señas coincidían con las de Zenker. Texas preguntó:

—¿Sabes si le alcanzaste con tus disparos?:

—Alcancé al caballo, pero es igual. Ha caído a la torrentera y es lo mismo que sí hubiese recibido diez tiros en la cabeza.

—¿Conoces el fondo de la sima?

—No, No tiene bajada que yo sepa. Nace entre las rocas y no se sabe dónde muere.

—¿Hay más gente vigilando por aquí?

—Lo ignoro. No creo que por este lado existan más pasos que lleguen a la cueva.

—¿De dónde viene este cañón?

—Nace en una fisura cerca del campamento, pero apenas si es visible desde el Paso. La descubrimos un día por casualidad.

Texas comprendió que el herido no tenía nada que añadir que les interesase y después de un momento de duda, afirmó:

—Te voy a perdonar la vida, pero tú te las arreglarás como

puedas para salir de aquí. Te dejaré unas latas de conserva para que no te mueras de hambre y ese pañuelo, para que contengas la hemorragia. Te trato mejor que tú querías tratamos, no puedo hacer más por ti.

Dejaron al herido que estaba dando muestras de perder el conocimiento y se consultaron entre sí. Casi podía darse por seguro que Zenker había muerto. Aquella sima era algo alucinante y la caída tenía que haber sido mortal de necesidad.

Pero como, Zenker era el hombre que tenía la vida agarrada al cuerpo como los gatos, ninguno se daba por convencido, mientras no tuviese ante su vista el cadáver del odioso enemigo.

Born apuntó:

—La lógica dice que debe haber muerto, pero debíamos intentar averiguarlo con la certeza.

—¿De qué manera? —preguntó Texas.

—Tratando de seguir el vano de esta sima. El agua corre y tiene que ir a parar a algún sitio. Según donde muera el torrente podemos o no encontrar su cadáver.

—Puede intentarse, aunque no es cosa fácil —apuntó Texas—, tendremos que escalar trozos de montaña para no perder de vista la sima y Dios sabe dónde puede llevarnos.

—Cierto, pero ya no tenemos otra cosa que hacer, más que asegurarnos de la muerte de ese chacal. Si ha caído definitivamente, nuestra misión habrá concluido y podemos volvernos al rancho, pero si no ha caído, debemos intentar seguir su pista hasta el final.

Texas convencido por la lógica de la razón del agente, replicó:

—Está bien, trataremos de averiguarlo.

Abandonando al herido que no daba señales de conocimiento, siguieron senda adelante doblando el recodo. A partir de allí, el camino se ensanchaba y las paredes del farallón descendían, mientras que en ésta, se abrían pequeñas fisuras que conducían al interior de la montaña. Siguiendo por el camino más ancho, tuvieron que dar una gran vuelta que parecía hacerles retroceder y, en afecto, así era, pero por fin, salieron a un nuevo camino y al entrar en él, Texas, volviendo la vista atrás, exclamó:

—¡Que me aspen si este no es el sendero donde hicimos preso a Brigham!

—¡Rayos y demonios! —exclamó Nino—, pues tienes razón,

manito. Mira… ahí tienes aún el sombrero de ese sapo. Voló de su cabeza al caer y quedó entre los breñales.

Born atento a su idea, se corrió hacia la izquierda al borde de la sima, diciendo:

—Vea, Texas, por aquí corre la torrentera. Se la oye al deslizarse entre los peñascales.

—Mejor —afirmó Jim— si sigue un camino llano, no nos será difícil seguir su curso.

Siempre al borde del abismo, se dejaron deslizar cuesta abajo siguiendo la fisura. Ésta, a veces, parecía alejarse al rodear algún saliente de la pared, pero al rato volvían a sentirla rugir debajo de ellos.

Poco a poco, el camino fue aclarándose. Las paredes de la sima descendían y llegó un momento en que el abismo perdió fondo y les permitió descubrir la corriente. En realidad, parecía tratarse de una especie de río de unos tres metros de ancho, que por poseer un cauce en descenso, corría rápido y rugiente.

Una hora más tarde, alcanzaron una planicie por la que la misteriosa torrentera corría más plácida a flor de tierra, ensanchándose aún más su cauce.

—Bien —dijo Texas— ya hemos llegado a camino abierto. Ahora, ¿qué?

—Pues… no sé —declaró desencantado Born—. Si esta corriente hubiese continuado encajonada, podíamos abrigar la esperanza de haber descubierto el cadáver, pero así, lo mismo pudo salvarse y salir del agua, que seguir Dios sabe hasta dónde. Ya no tiene objeto seguir adelante.

—Es cierto —confesó Texas—. En el improbable caso de haberse salvado, lo natural es que haya salido por el primer sitio libre que haya encontrado. No hemos conseguido nada con esto.

Nino, que seguía con los ojos la tortuosa corriente, se separó de ellos sin decir nada y escaló unos peñascales desde los que podía abarcar el paisaje mejor. Cuando se encontró en la cima, gritó:

—Manito Texas, ven para acá, ¡repinto! Mira aquello.

Texas intrigado, ascendió a los peñascales y al tender la vista al frente, descubrió una gran extensión de agua que refulgía a la luz solar.

—¡Un lago! —comentó—. Indudablemente ese cauce de agua

debe morir en él.

—Pues acerquémonos a él —insinuó Born—. Conviene echarle un vistazo, porque ¡demonio! Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Muy sencilla. Si se trata de un lago y no tiene salida, forzosamente tendremos que encontrar en él, el cuerpo de Zenker y el de su caballo, si es que han muerto en la caída. Si no los encontramos, es que se salvaron.

—¡Diablo!… Tiene usted razón —comentó Texas—. No había pensado en esa posibilidad… Como está cerca, podemos echar un vistazo.

El lago se hallaba situado a un cuarto de milla. Era una extensión de agua no exagerada y se encerraba dentro de un anfiteatro rocoso que le prestaba una belleza salvaje.

Se trataba de uno de esos lagos interiores tan abundantes en Norte América, que carecen de salida, pero que nunca aumentan de nivel, quizá porque las filtraciones absorben el volumen de líquido que afluye a ellos.

Limpio y transparente, apenas si se movía en anchas ondas debido al caudal de agua que vertía el desagüe de la torrentera sobre él.

Cuando se acercaron a la orilla y echaron un vistazo. Born, que poseía una vista muy aguda, exclamó:

—¿No es aquello un bulto que flota? Fíjese allá a la derecha…

Texas corroboró:

—En efecto, es un bulto y… demasiado grande para tratarse de un hombre.

—Creo que se trata de un caballo —afirmó Nino, que también poseía una vista excelente.

—Así parece —corroboró Born—, pero lo mejor es cerciorarse. Un buen baño no me caerá mal. Voy a nadar hasta él.

Nadie se opuso y el agente se despojó de sus ropas y se lanzó al agua.

El lago debía tener bastante profundidad. Born buceó varias veces bajo el agua buscando fondo y no logró encontrarle, pero le sirvió para calcular su capacidad.

Excelente nadador, tardó un cuarto de hora en acercarse al bulto flotante, que, en efecto, era el cadáver de un caballo.

Cuando se acercó a él, pudo observar que el animal tenía la cabeza destrozada, sin duda a causa del golpe de la caída y en el pecho, una herida que debió abrírsela el impacto de una bala.

Conservaba la silla y el rifle enfundado y algo se hundía en el agua junto a la silla. Era el saco de viaje que tenía colgado a un costado.

A Born le llamó la atención, pues supuso que contenía algo pesado y como no podía entretenerse en registrarlo dentro del agua, optó por arrastrar el cadáver hacia la orilla.

Tomó las bridas con la mano izquierda y nadando con la derecha, llevó el caballo tras él.

Cuando tomó tierra sin soltar las bridas, Texas preguntó:

—¿Para qué se lo ha traído usted? Con haber tomado el rifle…

—Era más cómodo esto. Hay algo que me intriga y es un saco que cuelga de la silla y se hunde en el agua. Arrastraron un poco el cadáver y Texas cortó la cuerda del saco, depositándolo en tierra y abriéndolo. Cuando lo hizo, lanzó una exclamación.

—¡Por el Infierno! ¿Saben ustedes lo que contiene? Pues el tesoro de Brigham.

—¿Cómo? ¿El que contenía aquella arqueta? —preguntó Born con asombro.

—El mismo y si no es todo, cuando menos es una parte. Vean.

Metió la mano y empezó a sacar el contenido. Éste se componía de ricos collares, piedras preciosas, anillos, pulseras de oro, camafeos, pendientes ricamente labrados y una buena cantidad de monedas de Oro.

Los tres examinaban con curiosidad aquel botín y Nino comentó:

—¡Maldita sea Guadalajara! Ese sapo era un ave de rapiña guardando alhajas y el otro sapo de Zenker, era otra urraca apropiándose o así de él, pero me parece que aquí no está todo. Esto cabe casi en dos bolsillos, y la arqueta era diez veces mayor.

—Es cierto —comentó Texas—, pero… quizás otra parte la guardase en sus bolsillos. En el saco se ve que no cabía más.

—Pues es lástima que no hayamos encontrado también al chacal de Zenker. Hubiésemos completado el botín. Born preguntó:

—¿Qué cree Ud, que debemos hacer con él?

—Entregárselo al Gobernador; no nos pertenece. Si creen que deben devolvérselo a Brigham, que se lo devuelvan y si estiman que

deben confiscarlo, que lo confisquen.

—Bien, no me interesa el botín —dijo despectivo Born—. Me interesaba más el cadáver de ese maldito y, por lo que se ve, no está en el lago. Ahora no caben más que dos suposiciones: o ha quedado flotando en algún remanso sin seguir adelante como el caballo, o… tuvo la enorme suerte de caer al agua sin hacerse daño y ha nadado hasta encontrar un lugar por donde abandonar la torrentera. Mi opinión se inclina hacia esto último.

—Y la mía —afirmó Texas con un gesto de rabia.

—Pues en ese caso, no nos cabe más que intentar seguir su pista.

—¿Por dónde?

—No sé. Volveremos atrás, registraremos el terreno desde el lugar donde la torrentera corre por camino abierto y examinaremos los alrededores en busca de alguna huella. Si la encontramos, será señal de que ha tenido la doble fortuna de salvarse al caer y salir de ese abismo y, en ese caso, no será ya en la montaña donde podamos dar con él, sino en el poblado. Este no es lugar propicio para él y más si, como es lógico, carece de provisiones para sostenerse.

Impacientes regresaron al lugar indicado por Born y allí se dividieron buscando por los alrededores algo que les denunciase el paso del fugitivo.

Nino fue el afortunado que descubrió algo que podía considerarse como una pista. A la entrada de un estrecho sendero que discurría entre peñascos, vio brillar en tierra, algo y al acercarse, descubrió que se trataba de una moneda de oro. El descubrimiento les hizo afianzarse en su idea. Parte del tesoro lo llevaba Zenker en el bolsillo y sin duda, había perdido aquella moneda sin darse cuenta. Ya no había por qué dudar de su salvación y sólo se imponía buscarle fieramente.

Sin perder más tiempo se dedicaron a buscar la salida, y ya casi de noche, consiguieron salir al paso por un lugar muy próximo a la estación de recambio de mulas para la diligencia.

Cansados, hicieron noche en el puesto, y a la mañana siguiente, en la diligencia que bajaba para Salt Lake, hicieron el resto del viaje, dirigiéndose rectamente al palacio del gobernador a darle cuenta de su odisea.

Capítulo IV

El diablo protege a sus hijos

NO podía negarse que el diablo estaba al lado de Zenker. Muchas veces había protegido su repugnante vida en el transcurso de un par de años, pero nunca como en aquellas dos recientes ocasiones, en que de cada mil casos uno hubiese resultado medio favorable al interesado.

Primeramente, le libró de morir estrellado al rodar voluntariamente por el talud del cañón, y, apenas si habían pasado cuarenta y ocho horas, volvió a tentar la suerte, aunque de modo involuntario, y de nuevo la fortuna se puso de su parte, como si su vida fuese un tesoro inapreciable para la humanidad.

Cuando el caballo se encabritó a causa de los tiros y se deslizó por el reborde del abismo hacia la torrentera, Zenker, que se hallaba a punto de abandonar el caballo, se vio perdido al no tener tiempo a saltar a tierra firme, y con una viveza de pensamiento propia de la trágica situación, intentó hacer algo que le librase de la segura muerte al caer al fondo.

Iniciando un brutal esguince, dio impulso a su cuerpo y, en el aire como un muñeco, consiguió, al despegarse de la silla, impulsar su cuerpo un par de metros al interior de la trágica sima. Luego se vio descender rectamente, casi al mismo tiempo que el caballo, y

varios segundos después caía detrás de él en el centro de la impetuosa corriente.

Fué una suerte inmensa que en aquel sitio, el roce de las aguas al correr vertiginosas, hubiese limado el fondo, dándole una buena profundidad. Zenker, casi falto de respiración, se sintió sepultar entre la hirviente espuma y notó cómo sus pies tocaban fondo, aunque suavemente. Precisamente, el poder apoyar los pies en la roca, le sirvió de impulso para ascender de nuevo cuando casi se sentía asfixiado y, como un extraño pez, emergió de la impetuosa corriente, siendo arrastrado por ella de manera vertiginosa.

La noción del terrible peligro que había corrido y del que aún le faltaba por correr allí encajonado, despabiló sus sentidos y, echando mano a todas sus energías, empezó a nadar con método para no cansarse y agotar sus fuerzas, antes de tener tiempo a verse libre de aquel terrible caudal de agua.

La impetuosidad de la corriente le favoreció. Sólo debía cuidar de mantenerse a flote y dejarse llevar del agua, en espera de que las paredes descendiesen y pudiese saltar a tierra firme.

Conforme avanzaba, el agua, aunque veloz, corría con menos ímpetu y, sorteando los muchos recodos que formaba el cauce, trataba de sostenerse en el centro para evitar que el agua le arrojase contra algún saliente de la roca, estrellándole.

A medida que se dejaba deslizar, se daba cuenta de su situación y una angustia terrible se apoderaba de él. Si aquél oculto torrente de agua fluía solamente por entre taludes de aquella envergadura, o en algún trozo del camino se precipitaba desde alguna otra altura mareante, de nada le iba a servir la suerte de no haberse estrellado antes, prolongando de modo torturante aquella situación dramática.

No sabía si era a causa del pánico o de que se sentía pesadísimo, como si le cogiesen de los pies tratando de arrastrarle al fondo, y por un momento pensó en despojarse de la chaqueta, pero de súbito lanzó un quejido de doler. Ahora recordaba que llevaba los bolsillos llenos de monedas de oro y joyas del tesoro de Brigham y que el caballo, al ser arrastrado por la corriente, se había llevado el saco donde guardaba la mayor parte del botín. Esto ya representaba una enorme pérdida, pero si se vaciaba los bolsillos para aligerar el peso, se vería privado del resto, y, en su egoísmo, prefirió hundirse con el tesoro antes que renunciar voluntariamente a él.

La idea de salvar su vida y el caudal le prestaron nuevos ánimos. Necesitaba aquellas monedas de oro y aquellas joyas para poder llevar a término su venganza, y, o salvaba todo, o renunciaba a todo.

Nadó con más energía, se sobrepuso al enorme peso, que cada vez le agobiaba más y en dos ocasiones tuvo la suerte de alcanzar dos peñascales que se erguían en el centro de la corriente y tomarse un descanso una vez aferrado a uno de ellos, y la otra, logrando sentarse en él. Pero el descanso fue breve. Se enfriaba, y si se dejaba vencer por el frío y la fatiga, ya no podría continuar adelante.

Volvió a sumergirse en la corriente y a dejarse deslizar, siempre con los ojos clavados en las alturas, examinando los ingentes taludes con ansia y preguntándose hasta dónde tendría que seguir tan fieramente encerrado.

La torrentera dobló un recodo violento y bastante estrecho y, a poco, la corriente se ensanchó, haciéndose más mansa.

Zenker, medio extenuado, seguía nadando. De vez en vez levantaba la cabeza para avizorar el cerrado paisaje y miraba ansioso a ambos lados, con la esperanza de que el cadáver del caballo se hubiese detenido en algún remanso para recuperar el preciado saco de las alhajas, pero vigilancia era estéril pues nada descubría.

Por fin, cuando se sentía hondamente angustiado y sin casi fuerzas para bracear, observó que los taludes iban descendiendo con rapidez y que, al parecer, pronto descubriría las ansiadas orillas.

En efecto, un cuarto de hora más tarde, el caudal de agua convertido en un pequeño río, ahora manso y tranquilo, alcanzó un nivel normal, y Zenker, realizando esfuerzos titanescos para apartarse de la corriente, consiguió acercarse a una de las orillas y salir del agua. Ya allí, quedó pegado a la roca como un lagarto, sin fuerzas para moverse. Gracias a que el sol picaba bastante, consiguió reanimarse, y un; cuarto de hora después levantarse y empezar a andar.

No tenía noción del lugar donde se encontraba, ni de1 paradero de sus enemigos, pero sospechaba, que andarían por aquellos lugares y, en semejantes condiciones de inferioridad, no le convenía tropezar con ellos.

Buscó un refugio en una oquedad, y allí se despojó de la ropa

tendiéndola al sol.

Con suma precaución, se paseó desnudo para reaccionar mientras la ropa se secaba, y, algunas horas más tarde, cuando estuvo en condiciones de volverse a vestir, se embutió en sus resecas ropas y emprendió el camino hacia el Oeste.

Se deslizaba por senderos tortuosos entre las rocas, seguro de que al verterse unos sobre otros, alguno saldría a un camino seguro, y así, cuando había ganado bastante terreno, alcanzó una fisura por la que se deslizó.

Se hallaba fatigado y se detuvo un rato a descansar. El silencio en aquellos parajes era absoluto y solamente se distinguía, arriba en el cielo, algún halcón trazando círculos majestuosos y proyectando su sombra sobre las rocas.

Se disponía a reemprender la marcha, cuando su oído agudizado por el temor, captó un ruido cercano de voces y una sensación de trágico peligro invadió todo su ser. El corazón le dijo que aquellas voces que se iban acercando pertenecían a sus terribles enemigos, que andaban buscándole no convencidos de su muerte, y el pánico le obligó a correr en busca de un refugio desde el que poder burlar la persecución. Al iniciar la carrera, sintió que algo tintineaba en la roca y se volvió presuroso. Del bolsillo se habían escapado algunas monedas, que cayeron con un leve ruido metálico.

El instinto de no dejar tan clara huella tras él le obligó a volverse a recoger las monedas, y encontró media docena, que volvió a guardar, pero en su precipitada busca no se dio cuenta que alguna había quedado olvidada en tierra.

Siguió corriendo, perdiéndose entre grietas que al parecer no conducían a lugar alguno y, al fin, entre un conglomerado de peñascales que formaban una pequeña oquedad, se detuvo, arrastrándose por debajo para ocultarse en el caso de que registrasen aquellos lugares.

Texas y sus amigos no llegaron hasta su refugio, pero pasaron tan cerca de él, que Zenker tuvo ocasión de captar algunas frases de la conversación que sostenían y que, le iban a servir para orientarse y poder localizarles más tarde.

Era Texas el que hablaba y decía:

—Sí, esa moneda que hemos encontrado pertenece sin duda al resto del tesoro que encontramos en el saco del caballo, allá en el

lago, pero ¿cuándo la perdió? A lo mejor nos lleva varias horas de ventaja. Lo útil es buscar la salida y volver al poblado. Hablaremos con el gobernador y él nos ayudará a…

Ya no pudo captar más, pero adivinó el resto. Trataban de salir como él de aquel laberinto y volver a Saint Lake, donde pedirían ayuda al gobernador para localizarle.

El peligro que aún tenía que correr cuando saliese de allí era grande, pero sabía demasiado para no proceder con cautela y tratar de evitar su captura.

Lo que más rabia le causó fue saber que habían encontrado en un lago próximo, apropiándose del tesoro perdido. Creyó que pensaban como él y se lo quedarían, y en su afán de venganza entró también el egoísmo de rescatar las alhajas de Brigham.

Pasado un rato, se decidió a abandonar su refugio y a seguir caminando. Sus enemigos ya no se detendrían y le interesaba tanto como a ellos salir de allí, y si era posible antes, para adelantarse a ellos en llegar a la capital.

Al anochecer aún no había conseguido localizar ningún sendero que le sacase hacia El Paso, pero, al descender por unos declives, descubrió una choza aislada, medio oculta por las depresiones del terreno, y durante un momento se quedó dudando sobre sí debía o no acercarse a pedir ayuda.

Su prestigio entre los mormones se había perdido a causa de la estúpida decisión de Brigham, de culparle de la derrota del campamento, y aunque no todos sabían lo sucedido, los que conocían el caso verían en él un enemigo más que un amigo.

Se hallaba contemplando la choza; de la que salía una columna de humo, cuando una figura grosera emergió del interior y, a través de su escondite, captó el rostro barbudo y tosco del propietario, que se había acercado a recoger una cabra que tenía atada en una estaca frente a la puerta.

Aquel rostro no le era desconocido, y después de un esfuerzo de memoria, sonrió al recordar.

Se trataba de un “ángel exterminador» que había empleado cuando intentaron raptar a una muchacha, hija de un ranchero gentil. Aquel tipo vivía allí, y sólo cuando se le necesitaba para algún trabajo duro y difícil, se le obligaba a salir de su cubil.

Zenker calculó que no debía estar enterado de lo ocurrido y, si

así era, podía servirse de él y con su ayuda conseguir desarrollar ciertos planes que estaban germinando en su morboso cerebro.

Tenía que arriesgarse a correr el albur. Por otra parte, la noche se le echaba encima, estaba molido y hambriento, y necesitaba alimentarse y descansar.

Audazmente abandonó su refugio y descendió por una estrecha senda, cuidándose de denunciar su presencia para que el mormón no se alarmase.

Éste, al sentir el ruido de los pasos de Zenker, se volvió rápido, llevando la mano a la cintura. Sabía que su calidad de sectario le tenía continuamente en perpetuo peligro de ser descubierto y estaba dispuesto a no dejarse apresar sin lucha, pero, de pronto, abrió la boca, sonrió y, adelantándose, gritó:

—¡Señor Lane!. ¿Qué diablos hace usted por aquí perdido?

Zenker, al observar el recibimiento, comprendió que el mormón estaba ayuno de noticias, y, fingiendo un gesto de dolor, avanzó diciendo:

—¡Oh, amigo Head, pasan cosas terribles! Vengo denodado después de correr peligros terribles y necesito ayuda. Tengo que comunicarle noticias que le producirán dolor y sensación.

Head le invitó a pasar a su choza. Ésta era mísera y sucia, dividida en dos departamentos por una especie de cortina de arpillera. A un lado yacía en el suelo una especie de jergón de paja de maíz, que servía de lecho al mormón, y en el otro, se veía un hogar con leña encendida, en el que una desportillada olla cocía al fuego lento de la leña.

Head señaló un rollizo que servía de asiento y dijo:

—Siéntese, descanse y dígame qué sucede. Llevo aquí unos días sin saber nada de nadie.

—Pues ha tenido usted suerte en medio de la desgracia. Han sucedido cosas terribles. El gobernador descubrió el refugio de nuestro patriarca y envió soldados, en enorme cantidad a apresarle. Nos sorprendieron, pero luchamos como fieras, más el número nos diezmó. Muchos cayeron con las armas en la mano, otros, pudieron huir; algunos, cayeron prisioneros, y Brigham, ha sido apresado.

—¡Por San Daniel!… ¿Qué es lo que me está usted contando? —rugió el «ángel exterminador»—. ¡Eso no es posible!

—Lo es, amigo Head. A estas horas Brigham estará ya en el

palacio del gobernador. No hemos podido evitarlo, aunque luchamos como fieras. Si acude usted a los alrededores del refugio, los encontrará llenos de cadáveres de héroes que se dejaron matar por defenderle, pero enviaron soldados bien armados y eran muchos. Yo luché a su lado hasta el último momento, y con un puñado de hombres defendí su retirada, pero nos arrollaron y le capturaron cuando huía a caballo. En los primeros momentos, me fingí muerto y me dejaron, luego pude escapar, pero se dieron cuenta de mi fuga y me persiguieron tenazmente. He rodado por un abismo del que nadie se hubiese salvado y he saltado a una torrentera desde cuarenta yardas de altura, nadando hasta encontrar la salida. Sé que me andan buscando, pero les hice perder la pista. Escuche, Head, yo sé quiénes tienen la culpa, de todo, los que han organizado el ataque y la caza. Son tres tipos enviados por el gobierno, con los que yo también tengo deudas pendientes que saldar. Si usted, que es hombre valiente, cuenta con gente brava, creo que podemos hacer algo. Yo sé dónde podemos localizar a esos odiosos gentiles y acabar con ellos, pero solo no puedo hacerlo. Necesito ayuda, y, si es grande, quizá podamos estudiar un plan para rescatar a Brigham de manos de sus enemigos. Puedo hacer mucho, porque he demostrado poseer ingenio, pero el ingenio solo, no me basta, se necesita gente, y gente de valor. Estoy desorientado y usted es quien puede decirme si es posible intentar algo.

El mormón, que le escuchaba con los dientes apretados por la ira, repuso:

—No le puedo decir en este momento con la gente que se puede contar, porque no sé los que han caído ni dónde andan los que se salvaron, pero, desde luego, más o menos, siempre encontraremos adeptos que nos secunden.

—Bien, la cosa urge, pero no es demasiado apremiante. Esos indeseables están ahora en el palacio del gobernador, celebrando su triunfo. Quizá se queden para asistir al proceso contra Brigham, debemos aprovechar ese tiempo para organizar algo. Yo le diré el qué, según los hombres de que dispongamos, pero antes tengo que hacerle un ruego. Yo debo permanecer en el anónimo. Esa gente me cree muerto en la torrentera y esto les hará volverse confiados. A mí es a quien más temían y, creyéndose libres de mí, obrarán con menos cautela. Por otra parte, he de añadir algo que acabará de

indignarle: Han robado el tesoro del patriarca. Cuando capturaron a Brigham, se apoderaron de una arqueta conteniendo dinero en oro y joyas, y la hicieron saltar con dinamita apropiándose del contenido. Son unos ladrones rapaces y, además de darles muerte, tenemos que rescatar el tesoro. Yo me quedaré aquí con usted, y usted se moverá con libertad en busca de ayuda. Cuando cuente con ella, yo le iré indicando lo qué debe hacerse. Quizá me desplace a Salt Lake cuando esté seguro de poder pasar desapercibido, y allí prestaré mi ayuda personal. Estoy decidido a salvar a Brigham, rescatar su tesoro y dar muerte a esos chacales.

—Bien, puede contar conmigo para todo eso. Descanse aquí y mañana nos pondremos en campaña.

—Gracias, vengo molido, devorado por el sueño y con un hambre atroz.

—Pues descanse como mejor pueda. Mi choza no encierra comodidades, pero es segura y está resguardada del frío de la noche. En cuanto a alimentos, puedo ofrecerle unos porotos con cabra, unas salchichas y un poco de cerveza. Es todo lo que dispongo.

—Gracias. Me sabrá a gloria.

Zenker tuvo que esperar a que los porotos se cociesen. Luego, el mormón, frio en la sartén unas salchichas y procedió a repartir la cena en unas escudillas desastradas. Para Zenker, en otra ocasión, aquello hubiese sido motivo de prolongadas náuseas, pero el hambre que le corroía era tan enorme, que devoró todo como si fuese el manjar más exquisito.

Bebió unos vasos de cerveza y, al final, tuvo que pedir prestada una pipa. Había perdido la suya en la odisea y las ganas de fumar eran grandes.

Durante la cena se había esforzado en permanecer en el lugar más obscuro de la choza. Sus bolsillos, atestados de monedas de oro y joyas, podían ser una tentación para aquel ente sin escrúpulos, y si quería conservar su vida y su tesoro, tenía que precaverlo de miradas codiciosas.

Después de apagada su pipa, Head le ofreció su yacija, pero Zenker la rechazó enérgicamente. Había estudiado la situación y decidió apoyar el rollizo en uno de los ángulos de la choza, sentarse en él arropado en una manta que solicitó, y así, protegido por los

dos ángulos de las paredes, se mantendría erguido aun durmiéndose y no se exponía ni a descubrir su tesoro, ni a que, en un movimiento involuntario, las monedas saliesen del bolsillo denunciándole.

El mormón, creyendo que rechazaba su yacija por galantería y no adivinando los verdaderos motivos, le entregó la vieja manta, y Zenker se arrolló ésta al cuerpo, afianzándose en los ángulos de las paredes, mientras su anfitrión se retiraba al departamento contiguo.

Aunque el sueño le vencía, apenas sí logró dormir en toda la noche. La inquietud por su botín le desvelaba, y, cada cuarto de hora, cuando apenas sí se había rendido al sueño, despertaba sobresaltado y palpaba sus ropas por debajo de la manta, para convencerse de que no había sido registrado.

Aquello terminó por ser un tormento para él. Ahora anhelaba que naciese el nuevo día para desechar al mormón fuera de la cabaña y disponer de algún tiempo libre para enterrar el tesoro. Necesitaba ponerlo a cubierto hasta que le fuese necesario y sólo se reservaría un puñado de monedas de oro que no le estorbasen ni pudiesen tentar la codicia de cualquiera.

Cuando por fin el sol empezó a filtrarse por los vanos de la cabaña, el mormón se levantó y al observar que Zenker estaba despierto, le preguntó si había dormido bien.

—No —repuso Zenker— estaba tan molido, que los dolores ahuyentaron el sueño, pero he descansado algo. Creo que me quedaré un rato más en esta postura mientras usted decide alguna cosa.

El mormón encendió fuego y preparó unas tazas de café negro. Zenker bebió aquella pócima con repugnancia y al terminar, advirtió:

—Creo que debía usted darse prisa en hacer alguna gestión. No podemos perder mucho tiempo.

—Estoy dispuesto —afirmó Head—. Tengo un huesudo pollino detrás de la choza y él me llevará al poblado. Es una jornada dura de no hacerla en diligencia.

—¿Está lejos el puesto de recambio?

—No mucho, por un atajo que se abre entre aquellos peñascales, se sale cerca en cuestión de veinte minutos.

—No está mal, pero creo que es preferible no darse a ver. No olvide que en estos momentos existe gran vigilancia y que ustedes

los mormones están en peligro. Creo que debe usted irse en el pollino.

—Así lo haré. Conozco los atajos y ahorraré lo menos seis millas. De todas, formas, tendré diez de jornada.

—¿Cuánto tiempo cree que estará ausente?

Un par de días. Tengo que hacer gestiones para averiguar qué amigos encuentro allá abajo. Le dejo un saquete con porotos, algunas salchichas y una hogaza. A la vuelta veré de traer algo más.

Zenker metió la mano en un bolsillo con cuidado y sacando una moneda de oro, se la entregó diciendo:

—Tome, poseo dos; le entrego una para que compre alimentos. Tenemos que ayudarnos con lo poco que poseemos.

—Gracias. Si salvamos a Brigham, éste sabe ser generoso y nos recompensará y si rescatamos su tesoro, más.

Salió de la cabaña y regresó con un pollino que sólo era un armazón de huesos. Preparó su rifle y su revólver y montando en aquel esqueleto viviente, advirtió:

—Le dejo a usted de dueño y espero que cuide mi modesto ajuar. Es cuanto poseo. Guárdese de no darse a ver por si acaso y espero regresar con buenas noticias.

Y perdiéndose por el atajo, desapareció de la vista de Zenker, que respiró con alivio al verle marchar.

Capítulo V

A un granuja otro mayor

CUANDO ZENKER se creyó al margen de toda mirada indiscreta, se levantó, arrojó la manta y asiendo un mohoso pico que había descubierto en un rincón de la cabaña, salió al exterior recorriendo los alrededores.

Necesitaba encontrar un lugar resguardado donde poder cavar un hoyo y enterrar aquel tesoro que estaba ya constituyendo un estorbo y un peligro para él. Iba a convivir con gente demasiado baja y de condición dudosa, para exponerse a revelarles la existencia de aquel caudal, que hubiese despertado su codicia, poniéndole en el trance de volver a sufrir nuevos contratiempos.

A sesenta yardas de la cabaña y detrás de unos peñascales que formaban un pequeño círculo vacío, se detuvo. Le parecía un sitio aislado, en el que podía enterrar su tesoro y al que podía llegar de manera oculta para desenterrarle el día que lo necesitase.

Allí, el terreno aunque duro, no era de roca y trabajando con ardor, pudo abrir un hoyo de medio metro, en el que fue depositando todo el botín a excepción de un buen puñado de monedas de oro que se reservó repartiéndolas por sus diversos bolsillos, para que no formasen bulto y pudiesen llamar la atención.

Debió emplear más de media hora en abrir el agujero y volver a taparlo, disimulando bien la excavación y sólo cuando creyó que nadie podría descubrirlo más que él, se sintió satisfecho y regresó a la cabaña.

Sin embargo, tan embebido había estado en su trabajo, que no se dio cuenta, de que por una mera casualidad, había sido descubierto en plena tarea de enterrar el oro y las joyas. Cuando Head partió para el poblado, emprendió el trote lento y pesado que el pollino podía desarrollar, pero cuando apenas había avanzado un cuarto de milla, se dio cuenta de que se había dejado olvidado el saco para portear las previsiones y como no se había alejado aún mucho de la cabaña, decidió regresar a ella para tomar dicho adminículo.

Desmontó del pollino al pie de la senda, algo alejado de la choza, y se encaminó hacia, ella, en el momento en que Zenker con el pico al hombro daba la vuelta a la cabaña en busca del lugar donde pudiera ocultar su botín y aquella actitud del intruso despertó ciertas sospechas en el agudo mormón.

¿Para qué querría Lane el pico y qué iría a hacer con él, alejado de la cabaña?

Head se deslizó por el lado opuesto de ésta y siguió a Zenker con la mirada, hasta que le vio ocultarse tras algunos peñascales e internarse en aquel pequeño vano que él conocía de sobra y como le conocía, decidió no perderle de vista y seguir sus misteriosas maniobras.

Dos de los peñascos que formaban el círculo, se unían entre sí hasta casi ensamblarse el uno en el otro, pero por su parte baja, la configuración de uno de ellos dejaba una grieta libre, por la que desde flor de tierra se podía ver el interior.

Head se tumbó en la roca y a gatas avanzó hasta alcanzar la ranura por la que echó un vistazo. El sol iluminaba radiante el vano y no había detalle que su aguda vista no pudiese abarcar.

Así, con asombro infinito, le vio cavar el hoyo y después de extraer de sus bolsillos una gran cantidad de oro y alhajas, que depositó en tierra y acarició amorosamente antes de decidirse a enterrarlas.

También observó cómo apartaba un buen, puñado de monedas que repartía por sus bolsillos para después realizadas estas

operaciones, proceder a cubrir el hoyo.

Los ojos del mormón relampaguearon con siniestra codicia al descubrir la maniobra. Allí había oro para sacarle de la trágica miseria en que vivía y estaba dispuesto a apropiárselo para él exclusivamente.

Durante un momento, acarició con fuerza el mango de su fiero cuchillo, dispuesto a dar la vuelta, saltar sobre Zenker y apuñalarle allí mismo arrebatándole su botín, pero su astucia y su prudencia se impusieron.

Zenker poseía un revólver que había dejado junto a él y si le descubría antes de alcanzarle por sorpresa, podía adelantarse a disparar, perdiéndolo todo. Tras un momento de duda, decidió otra solución.

Su aliado estaba seguro de haber realizado la operación sin testigos de vista y por lo tanto, dejaría allí su tesoro, seguro de que nadie adivinaba que se encontraba escondido en semejante lugar. Le dejaría en tal creencia y a su regreso se ocuparía de apropiarse de él gozando de todas las ventajas.

Aunque pesaroso, decidió huir de allí antes de ser descubierto y alejándose en silencio, volvió junto al pollino y montando en él, continuó su ruta.

En la ciudad averiguaría qué había de cierto en las manifestaciones de aquel intruso y si había dicho la verdad, nada tenía que ver que se intentase cuanto fuese posible para salvar a Brigham, con el tesoro que aquel intruso había dejado enterrado entre las rocas.

A medida que caminaba hacia Salt Lake, las más vivas sospechas se iban encendiendo en el cerebro del mormón; Lane, como él creía que se llamaba, había manifestado que los enemigos del patriarca habían robado el tesoro de éste apoderándose de él. ¿No sería una añagaza y la realidad podía entenderse como que él se había aprovechado de la confusión de la derrota para apropiárselo y cargar el hecho a sus enemigos?

Tenía que averiguarlo y si sus sospechas adquirían visos de realidad, el intruso podía irse considerando con los muertos.

Por su parte, Zenker se entregaba a pensamientos más agradables. Creía contar con la segura ayuda de los mormones para tender alguna emboscada a Texas y sus amigos y si le secundaban

bien y lo conseguía, una vez terminado el asunto, desenterraría el tesoro y regresaría a Washington a liquidar sus asuntos, recoger todo el dinero que tenía diseminado y buscar un buen refugio a muchas millas del Capitolio donde pasar el resto de sus días tranquilo y entregado a disfrutar en gran escala de aquel caudal adquirido en fuerza de tantos peligros. Aquella noche durmió solo en la cabaña y la preocupación le hizo soñar cosas muy desagradables, entre ellas que alguien le estaba atisbando entre los peñascales cuando enterraba el tesoro y fue tan vivo el sueño, que despertó sobresaltado creyendo que era realidad.

Un sudor helado perlaba sus sienes y las carnes le temblaban de angustia. De modo mecánico, se levantó, se arropó con la manta y tomando el revólver, salió al exterior.

La luna vertía su luz plateada sobre, el agreste paisaje y Zenker, como un sonámbulo, se dirigió al lugar donde había enterrado su tesoro.

Los picachos de los peñascales al ser heridos por la fría luz lunar, proyectaban su sombra sobre el vano y, por un capricho de su configuración, parecían sombras fantasmales tratando de arañar en el lugar donde yacía el tesoro.

Zenker tuvo que realizar un poderoso esfuerzo para convencerse de que todo aquello sólo era un capricho de la Naturaleza. En el vano no había rastros de ser humano y el hoyo se encontraba como él lo había dejado. Pero una sensación misteriosa de peligro le embargaba y ya no logró conciliar el sueño en toda la noche, pensando en el escondite y así, cuando volvió a lucir el sol, tomó una resolución que nada justificaba.

Volvió al lugar del enterramiento, picó y extrajo lo guardado, escondiéndolo en sus bolsillos y de nuevo se dio a buscar otro lugar alejado de la cabaña donde enterrarlo con más seguridad.

Un gran monolito a cuyo pie yacía un enorme pedrusco, le sugirió una nueva idea. Apartó la piedra con trabajo, cavó en el lugar que aquélla ocupaba, enterró allí su precioso botín y luego, colocó la piedra encima. Ahora estaba seguro de no haber dejado el más leve rastro y de que sería muy difícil averiguar que algo se ocultaba debajo de aquella piedra.

Aun requisó cuidadosamente los alrededores para convencerse de que nadie vagaba por allí y cuando quedó convencido de ello,

regresó a la cabaña, donde se preocupó de confeccionarse un buen pote de café que le reanimase sacándole del cuerpo el miedo y el frío de la madrugada.

Ya sólo le cabía esperar el regreso de Head. Si éste volvía con gente y se podía intentar algo, se trasladaría a Salt Lake con despreocupación, seguro de encontrar el oro y las alhajas cuando volviese en su busca.

Por si acaso existía un peligro posterior, su siniestra mente ya barajaba proyectos criminales. Head podía resultar un vecino peligroso a la hora de desenterrar el botín, y si así era, se desharía antes de él para no correr un albur innecesario.

Fiel a su promesa, el mormón regresó al atardecer del segundo día, acompañado de otros seis individuos de su misma inquietante catadura. Todos pertenecían a la secta de los «ángeles del exterminio» y eran gente dura y decidida a todo.

Head parecía preocupado a su regreso. Miraba a hurtadillas a Zenker como queriendo registrarle íntimamente con la mirada y su afán era descubrir algún bulto sospechoso sobre él, que le indicase que se había arrepentido de su idea desenterrando el tesoro de nuevo.

Pero al no descubrir nada sospechoso, se tranquilizó. El botín continuaría donde había sido enterrado y no tardando mucho, pasaría a su poder.

Las noticias que había podido recoger en el poblado, confirmaban las dadas por Zenker. Brigham se hallaba preso en el palacio del gobernador y se hablaba de su próximo proceso por un tribunal especial, pero también se susurraba que posiblemente, el proceso sería descartado y Brigham puesto en libertad, si de un modo tácito y fiel, tanto él como su secta, renunciaban al mormonismo y a sus repudiadas prácticas matrimoniales.

—¿Qué noticias trae usted de allí? —preguntó Zenker.

El mormón le dio cuenta de lo averiguado y luego repuso:

No sabemos si esos rumores pueden o no pueden ser verdad. Quizá se trate de un engaño para que permanezcamos tranquilos mientras se prepara el proceso.

—Eso creo yo —afirmó Zenker, a quien no interesaba que sus posibles auxiliares confiasen en ver libre sin violencia alguna al jefe de su secta—. El gobierno siempre obra con engaños para mejor

sacar adelante sus proyectos.

—Bien, en ese caso, ¿cuáles son los suyos?

—Eso depende de muchas cosas. ¿Con cuánta gente podemos contar?

—No puedo asegurarlo, pero aún quedan muchos con libertad de movimiento para actuar. Me he traído a estos seis amigos, que pueden hacer mucho. Todos son hombres de valor y tienen bastantes amistades. En caso necesario, podían reclutar gente que aumentase las posibilidades de un ataque desesperado.

Zenker, a quien Brigham le importaba un bledo e incluso a quien le satisfacía que el patriarca mormón sufriese una larga condena, se quedó un momento meditando y, por fin, dijo:

—Tengo una idea que voy a someter a su estudio. No es directa, pero el resultado puede ser el mismo. La culpa de la prisión de Brigham la tienen tres individuos que han llegado aquí comisionados por el Gobierno para dar la batalla decisiva al mormonismo y como podrán apreciar, casi, la tienen ganada. De los tres, hay uno por cuya vida el Gobierno daría la luna si ello fuese posible; me refiero al capitán Jim Texas, a quien el Gobierno estima enormemente por los muchos y valiosos servicios que le lleva prestados. Si nosotros pudiésemos apresar a esos tres individuos, podían negociar con ellos y con sus vidas cerca del Gobierno. Se podía proponer como transacción para devolverles, que Brigham fuese puesto en libertad con todos sus honores y que la campaña contra la secta se diese por concluida, llegando a un acuerdo mutuo para dejarla subsistir sin volver a meterse con ella. Estoy seguro de que se verían obligados a aceptar y esto sería un gran triunfo.

—En efecto —dijo Head—. Pero ¿esto es posible?

—Creo que sí. Yo me encargaré de que así sea.

—Bien, ¿qué busca usted debajo de todo eso? —preguntó escamado Head. Usted no es mormón y nada va a ganar directamente con el triunfo de nuestra causa.

—Se engaña. Una vez concertado el pacto, Texas dará por concluida su misión se decidirá a regresar a California, donde tiene sus posesiones. Entonces sólo pediré media docena de hombres decididos que me secunden siguiéndoles en su viaje, y cuando estén fuera del territorio de Utah, les atacaremos acabando con ellos. Así, ni volverán a inmiscuirse en los asuntos de ustedes y yo me habré

cobrado la deuda que tengo pendiente con ellos.

—No es pedir mucho —afirmó Head— sobre todo, si eso se lleva a cabo fuera de Utah. Brigham, agradecido, no tendrá inconveniente en poner a su disposición unos cuantos hombres de acción, con tal de que no se sepa que él ha intervenido en el asunto.

—Claro que no se sabrá. Todo quedará en el secreto y sólo cuando encuentren sus cadáveres, se sabrá que alguien se encargó de suprimirles del censo.

En ese caso, ¿qué propone?

—Que mañana nos traslademos a Salt Lake City y nos pongamos al acecho. Esos tres tipos paran en el palacio del gobernador, pero no se habrán recluido dentro de él ahora que creen estar a cubierto de cualquier contingencia. Debemos seguir sus pasos y buscar la manera de hacerles caer en una emboscada. Lo demás será fácil después.

—Bien, pues mañana podemos trasladarnos a la capital.

—Supongo que alguno de ustedes me podrá buscar un refugio seguro.

—Desde luego. Allí tenemos sitios seguros donde albergarle.

Ya de acuerdo, no hubo más que discutir y para matar el tiempo hasta el día siguiente, los recién llegados se entregaron a una partida de naipes dentro de la choza, mientras Head que, había adquirido algunas viandas en el poblado, oficiaba de cocinero.

Zenker parecía más animado. Las cosas le estaban saliendo a medida de sus deseos y si aquellos tipos le secundaban bien y lograba capturar a Texas, ya se encargaría él, no sólo de eliminar a éste y sus compañeros, sino de burlar o exterminar a los que le habían ayudado a apresarles.

Claro era, que estaba seguro de que no resultaría tarea fácil cazarles vivos. Si se veían en peligro, se defenderían con el denuedo en ellos acostumbrado y en ese caso, lo práctico era acabar con ellos y así quedaría cancelado el compromiso de intercambio, en el cual no había pensado jamás seriamente.

La partida se prolongó hasta bien entrada la noche y cuando dio fin, Zenker tuvo que intervenir en una discusión provocada entre dos de los jugadores por una mala interpretación de jugada. Los revólveres estuvieron a punto de salir de sus fundas y Zenker se vio comprometido para imponer un poco de disciplina entre aquellos

hombres salvajes.

Apaciguados los ánimos, el problema de la habitación se presentó insoluble. La choza era tan exigua que no cabían todos.

Head ofreció galantemente su yacija a Zenker, que esta vez la aceptó como mal menor y el resto de los mormones se acomodarían como mejor pudiesen en el otro medio lugar de la choza. En cuanto a Head, dijo que por sí sucedía algo, montaría una guardia fuera de la cabaña, velando hasta más de media noche y asegurando que sí sentía sueño, traspasaría la labor de vigilar a alguno de sus compañeros.

Así acordado, cada cual se aprestó a pasar la noche lo mejor posible y Head, con el rifle en bandolera y el revólver al cinto, salió de descubierta a echar Un vistazo por los alrededores.

Capítulo VI

La astucia vence a la astucia

TRANSCURRIERON más de dos horas desde que los mormones se tumbaron sobre el apisonado suelo de la choza para intentar dormir y Head, lleno de nerviosismo, dio diversas vueltas alrededor a la cabaña y se asomó varias veces al interior para asegurarse de que por fin dormían —en particular Zenker— y que nadie se sentiría atraído por la curiosidad de abandonar su refugio para salir a vigilar sus movimientos.

Cuando por fin creyó que todos se encontraban entregados al sueño, se apartó sigilosamente de la choza y se dirigió a unos peñascos entre los cuales había escondido el pico durante el día, sin que nadie se diese cuenta de su maniobra.

Ya armado de él, se dirigió al claro donde había visto a Zenker cavar y ocultar su tesoro y pronto, a la luz de la luna, descubrió el lugar exacto donde se había abierto el hoyo, pues la tierra, aunque trató de disimularlo, había quedado removida.

Febrilmente picó extrayendo la tierra con furia, pero a medida que ahondaba y extraía tierra, se sentía defraudado por no tropezar con el tesoro y se preguntaba si no se habría equivocado de lugar o si Zenker habría picado mucho más hondo que él supuso a simple

vista.

Con ansia, siguió cavando hasta que el hoyo alcanzó un metro de profundidad. Ahora estaba seguro de que no podía haber ahondado más y, sin embargo, sólo había encontrado tierra en sus excavaciones.

Furioso, la removió y, al hacerlo, descubrió entre ella una moneda de oro, moneda que sin duda había pasado desapercibida para Zenker al rebuscar lo ocultado.

El hallazgo le reveló la burlona verdad. Aquel astuto gentil se había arrepentido de dejar allí su botín y mientras él había estado en la ciudad, se apresuró a extraerlo, pero ¿dónde podía haberlo enterrado? Estaba seguro de que encima no lo llevaba, pues el bulto resultaría demasiado grande y era indudable que lo que había hecho había sido cambiarlo de lugar.

Pero… ¿dónde? Esta era una incógnita que no podía resolver por sí solo. Aquel espacio era ilimitado y toda la tierra se prestaba a acoger en sus entrañas el tesoro. Sólo sabiendo ciertamente dónde estaba enterrado, se podía localizar, y ahora, no sólo su trabajo había sido estéril, sino que se sentía burlado de un modo cruel.

Pero no por ello se hallaba dispuesto a renunciar a poseerlo. Sabía que por sus propios medios no podría encontrarlo, pero obligaría a Zenker a confesar dónde la había trasladado, aunque para conseguirlo tuviese que estarle triturando durante un mes entero.

Lo embarazoso era que si se apresuraba a intentar saber el escondite, sus compañeros se llamarían a la parte, cosa a la que no estaba dispuesto. Tenía que ser exclusivamente para él y tenía que eliminar el peligro de sus amigos.

¿Cómo? Al salir el sol deberían ponerse en marcha hacia la capital y, una vez allí, ¿quién cogía a solas a Zenker y le obligaba por la fuerza a confesar donde estaba el escondite?

Tenía que buscar un medio para salvar aquella barrera y aprovecharía las horas que quedaban de noche para encontrar la solución.

Fue un terrible martirio para él estrujar su pobre imaginación en busca de una fórmula viable. Hombre rudo y sin principios, sólo era un toro ciego útil para la acción violenta, pero no para el ingenio, que aparecía muy apagado en su cerebro.

Pero como el ansia de posesión era irrefrenable, cuando estaba a punto de amanecer creyó haber encontrado la fórmula, que no dependía de él exclusivamente, pero que casi estaba seguro de poderla llevar a la práctica.

Poco después de amanecer, los mormones abandonaron sus mantas tendidas en tierra y salieron al exterior a desentumecer sus nervios al sol y Head aprovechó aquel momento que quedó dentro con Zenker, para decirle:

—Escuche, señor Lane, he pensado qué hay que tomar muchas y buenas precauciones para entrar en Salt Lake sin llamar la atención, pues la policía gubernativa vigila mucho temiendo un estallido de nuestra secta por causa de la prisión de Brigham. Por ello, he pensado que penetrar ocho hombres unidos en el poblado, puede despertar sospechas y estropear todos nuestros planes.

—De acuerdo. ¿Por qué lo dice?

—Porque he pensado, que como mis amigos habitan en el poblado y son conocidos, no llamarán la atención de ellos, solos y pueden entrar y salir libremente. Creo que lo mejor es enviarlos por delante, pues yo sé dónde debemos reunirnos más tarde y luego, Usted y yo, por un lugar que yo señalaré como más fácil, penetrar nosotros sin más compañía.

«Yo le llevaré a usted directamente a la casa donde estará usted seguro sin que nadie le descubra. Ellos ya saben, cuál es y acudirán allí a recibir órdenes uno a uno, sin llamar la atención de nadie.

A Zenker le pareció bien la idea y la aceptó.

—Tiene usted razón, Head —dijo; sería terrible qué cuando podemos hacer mucho, una imprudencia nos estropease nuestros planes.

—Entonces, no hay más que hablar. Cuando, esté el café hervido, les daremos de desayunar y les mandaremos por delante y un par de horas más tarde, salimos nosotros por un camino más corto y directo que yo sólo conozco.

Ya de acuerdo, Head tuvo que, realizar esfuerzos terribles para ocultar la alegría que le dominaba. Ahora estaba seguro de que el tesoro sería suyo y ardía en deseos de echar de allí a sus secuaces.

Les sirvió el café con unos pedazos de torta y cuando lo hubieron ingerido, exclamó:

—Bueno, muchachos, manos a la obra. Vais a caminar por

delante procurando entrar en Salt Lake sin llamar la atención. Nosotros saldremos un par de horas más tarde y entraremos por el Sur, que es el sitio menos peligroso, dirigiéndonos al almacén de Paul Lorey, que será donde nos refugiaremos. Ya hablé yo con él y está conforme; así, pues, a la caída de la tarde nos encontraréis allí y recibiréis órdenes sobre lo que hay que hacer. Mientras tanto, vigilar y procurar enteraros de cuanto nos pueda ser útil referente a nuestro patriarca y a esos tres odiosos gentiles que tanto nos interesan.

Los mormones, obedeciendo la orden, montaron a caballo y desaparecieron por la senda camino del poblado.

Zenker, sin sospechar el terrible peligro que se cernía sobre él, salió a la puerta de la cabaña a tomar el sol, mientras Head fingía repasar sus armas limpiándolas y engrasándolas.

Su revólver era un modelo algo anticuado, del calibre cuarenta, pero muy seguro en sus manos, pues le conocía muy bien y lo había manejado muchas veces.

El de Zenker, más moderno, era del calibre cuarenta y cinco y Head, que buscaba la forma de, despojarle de él, preguntó mientras terminaba de poner en condiciones el arma:



—¿Maneja usted bien el revólver?

—No me quejo de mi dominio del arma —repuso Zenker.

—Yo tampoco, pero me he acostumbrado a este cacharro de tipo algo anticuado y cuando me he visto obligado a cambiar de arma, no he tenido tanta seguridad en el blanco. ¿No le sucede a usted lo mismo?

—No; he manejado toda clase de revólveres.

—Sin embargo, apuesto lo que quiera a que hago yo mejor blanco con el mío que usted con el suyo.

—No lo asegure, Head —replicó Zenker, que alardeaba de buen tirador y hasta sentía el orgullo de imponer respeto a los demás dejándoles admirados de su puntería.

—¿Quiere usted que probemos a ver si es cierto? En algo hemos de entretener este par de horas.

—Bueno —dijo Zenker, a quien no le molestaba afinar su seguridad de pulso, disparando algunas balas, sobre todo con aquel revólver que no era el suyo habitual.

—Pues bien, elijamos un blanco.

A veinte pasos, sobre el remate de una roca, acababa de posarse una tórtola que, de un modo suave, entonaba su cántico llamando al macho.

Head señaló al pájaro, diciendo:

—¿Cree usted que desde aquí sería un buen blanco acertarla?

—Sí, sería un magnífico tiro, Head.

—Pues voy a probar.

El mormón levantó el brazo, lo estiró rígidamente y después de un instante de inmovilidad absoluta, disparó.

El pobre animal cayó casi pulverizado de la cresta de la roca y Zenker, con sincera admiración, dijo:

—Tira usted estupendamente, Head. Ojalá ese proyectil lo hubiese usted colocado en el corazón de quien yo sé. Ahora intentaré demostrarle que yo también soy diestro realizando esa clase de proezas.

Giró la vista alrededor y a una distancia aproximada a la que había disparado Head, descubrió en el centro de la pared de un peñascal, un lagarto que se había detenido a tomar el sol. No era un reptil gigante, pues mediría escasamente un palmo, y como su cuerpo era estrecho, el blanco resultaría más difícil.

—¿Le parece bien ese lagarto para la prueba? —preguntó sonriendo.

—¿Cómo que sí me parece? Si le acierta usted, no sentiré vergüenza en confesar que tira mejor que yo.

Zenker, apoyada la espalda en la puerta de la cabaña, levantó el brazo y casi sin apuntar, disparó.

Fue un tiro maravilloso que partió al lagarto en dos. Los trozos medio machacados, cayeron a tierra y aún se agitaron rabiosamente durante algunos segundos, como si se tratase de dos animales distintos.

—¡Formidable! —exclamó Head sinceramente impresionado por la seguridad de pulso de Zenker.

—Hago cosas mejores —repuso éste modestamente.

El mormón sonrió. Había llegado el momento de poner en práctica su plan y exclamó:

—¿Repetiría usted la proeza con mi revólver?

—¿Por qué no? Ya le digo que manejo todos bien.

—Quisiera verlo. Tome, dispare con él y déjeme que pruebe con el suyo. Yo no tengo tanta seguridad como usted.

Zenker tomó el arma de Head y después entregó la suya.

El mormón la tomó con indiferencia y dijo:

—Usted primero. Busque un blanco.

Zenker, sin desconfianza se volvió buscando con la vista donde colocar el proyectil y cuando lo buscaba, le sorprendió la voz ronca de Head que advertía:

—No se mueva, señor Lane, o le clavaré cuatro balas en los riñones.

Zenker, sobresaltado, se revolvió iracundo descubriendo al mormón que le apuntaba con su propio revólver y por un momento, se sintió sobrecogido sin saber qué hacer.

Pero súbitamente, al verse con el revólver de Head en la mano, apretó el gatillo, creyendo ganar la acción a su enemigo, pero el percusor cayó en falso y del cañón no salió proyectil alguno.

Head rompió a reír, diciendo:

—Lo esperaba, señor Lane, por eso metí un solo cartucho en la recámara. No se moleste y resígnese que es mejor.

Zenker, que no adivinaba la razón de aquella trágica jugarreta, preguntó rabioso:

—¿Quiere usted decirme a qué viene esta absurda trampa?

—¡Pues claro que lo va a saber usted! ¡Si precisamente se la he tendido para decírsela!

Y luego, endureciendo su acento, añadió:

—Señor Lane, usted me ha venido, a buscar contándome cierto cuento que tiene una parte de verdad y una parte de mentira. La

mentira ha consistido en que ha acusado usted a esos gentiles de haber robado el tesoro de Brigham, cuando en realidad quien se apoderó de él en la confusión de la lucha fue usted.

Zenker palideció al oírle, pero rehaciéndose, repuso:

—¿Qué absurdo está usted diciendo? ¿Cómo me puede probar semejante impostura?

—Sencillamente, porque le sorprendí a usted cuando me marchaba al poblado, cavando la tierra para ocultarlo.

Zenker rechinó los dientes y recordó su angustioso sueño de la noche que desenterró el tesoro. Aquel mormón era más listo que había supuesto y no estaba muy seguro de poder convencerle.

—Está usted soñando, Head. Yo no enterré tesoro alguno.

—¿Qué no y le vi con mis propios ojos?

—¿Dónde?

—En aquel vano que forman esos peñascales.

—Pues bien, cave usted a ver si lo encuentra.

—Ya lo hice, pero no encontré nada.

—Eso le demuestra su error.

—Eso no me demuestra el equívoco. No encontré nada, salvo una moneda de oro que se dejó usted olvidada entre la tierra cuando lo desenterró para trasladarlo a otro lado y lo que necesito saber, es ese otro escondite que buscó en mi ausencia.

Zenker, al oírle, ponderó velozmente su situación. Mientras no se descubriese el tesoro, podía tener una garantía de vivir. De lo contrario, estaba seguro de que aquel cruel barbudo apenas conociese el secreto, se apresuraría a deshacerse de él, para que no quedase testigo alguno de su rapiña.

Fríamente replicó:

—Pues búsquelo usted.

—No puedo perder ese precioso tiempo y ha de ser usted el que me lo diga.

—Sospecho que no lo conseguirá.

—Tiene usted cinco minutes para decidir. Si pasado ese tiempo no me lo dice, le clavaré cinco balas en el corazón.

—Bueno, pero no por eso logrará usted descubrir el escondite. Le desafío a que se pase los años picando la tierra, que no lo encontrará.

Head rechinó los dientes con ira. Sentía un ansia homicida de

deshacerse de Zenker, pero su egoísmo era superior a sus deseos de muerte y sabía que si se deshacía de él para dar satisfacción a su instinto, perdería para siempre aquel precioso botín y esto le enfurecía como a un lobo hambriento.

Zenker, en medio del dramatismo de su situación, sonreía sarcástico, adivinando las torturas que sufría su cruel enemigo.

Éste, sin resignarse, avanzó amenazador:

—No he amenazado en balde, señor Lane. Yo perderé ese tesoro pero usted perderá la vida que vale más.

—Bueno, alguna vez hay que perderla. Pero me iré al infierno gozando del placer de saber que no tardando mucho, se volverá usted loco y se pasará la vida por estos breñales cavando a tontas y a locas para buscar lo que nunca podrá encontrar.

El mormón se sentía enloquecer antes de tiempo ante la burla de Zenker. Comprendía que éste tenía razón en sus apreciaciones y buscaba una fórmula que le diese la victoria.

—Bueno —dijo—, pero ese consuelo para la otra vida es idiota; usted tiene en esta un anhelo que no verá cumplido. También sus enemigos se reirán de usted cuando sepan que ha muerto sin lograr tomar venganza de ellos.

Ahora fue Zenker quien rechinó los dientes con ira. Sólo con pensar que Texas viviría satisfecho sabiéndole muerto u que Vera se casaría con aquel tipo que le estaba persiguiendo con tanto tesón, era algo que podía en él más que todas sus ansias de dinero.

Pero no podía descubrir el tesoro al mormón, porque no poseía seguridad alguna de que éste le dejaría marchar libremente expuesto a que le denunciase.

La situación era trágica para ambos y ninguno encontraba la manera de salir airoso de aquel bache.

Un hosco silencio reinó en torno a ellos. Zenker no perdía de vista la mano de Head y éste no apartaba sus ojos de su enemigo.

Por fin, el mormón tuvo una proposición que hacer:

—Escuche —dijo— creo que puede haber suficiente para los dos. Le propongo repartirlo amigablemente.

—¿Qué garantías voy a poseer de que así será?

—¿Qué garantías puedo darle? Le prometo repartir y basta.

—Eso no es nada. Usted está armado yo no. Si le descubro el lugar donde está oculto, ya no me queda ninguna garantía y usted

puede deshacerse de mí impunemente. ¿No lo comprende?

—¿Qué me propone usted entonces?

—Que descargue usted mi revólver como yo tengo descargado el suyo. Estaremos en igualdad de condiciones y ninguno poseeremos ventaja para deshacernos del otro.

—Muy bien, pero si quedo desarmado y usted se niega luego a decir donde está…

—¿Qué adelantaría con ello? Podríamos enzarzarnos en una fiera pelea. Usted es fuerte y yo también. Nos destrozaríamos mutuamente y ninguno sacaríamos ventaja y además perderíamos la ocasión de cumplir nuestros planes. Quería todo para mí, como usted lo quiere, pero si hay para los dos., los dos ganaremos repartiéndolo.

Head se quedó dudando, pero al fin exclamó:

—Acepto, pero no confíe en que me podrá vencer en una lucha cuerpo a cuerpo. Soy demasiado fuerte para ello.

—Descuide, que no lo intento.

Head, mordiéndose los labios con ira, descargó el revólver de Zenker hasta quedarse sin un proyectil su enemigo respiró con satisfacción.

Ahora, sólo era cuestión de astucia y vencerse mutuamente y en aquel terreno se consideraba superior a su rival.

—Bien —dijo— vamos en busca del tesoro.

Head, conservando el revólver de Zenker para que éste no pudiese cargarlo, tomó el pico. Zenker tampoco quiso entregar su arma al mormón para que pudiese hacer lo propio.

Ambos abandonaron aquel lugar y Zenker guio a su enemigo, pero caminaba a su altura y separado de él para evitar ser agredido de modo inopinado.

Por fin, se detuvo ante la caída piedra que tapaba el lugar del escondite y afirmó:

—Debajo de esa piedra está el hoyo. Levántela y puede picar debajo.

—Bien. Sepárese diez metros y la levantaré.

El mormón se retiró a la distancia indicada y Zenker levantó la piedra apartándola.

—Pique —ordenó.

—Ahí tiene el pico —replicó Head— me mantendré alejado

mientras me demuestra que es verdad lo que dice.

Pero de repente, pensó que el pico era un arma poderosa en manos de su rival y asiéndole nerviosamente por el mango, gritó:

—¡No!… ¡Yo cavaré!… Retírese como me ordenó a mí que lo hiciera.

Zenker adivinó el motivo que impulsaba al mormón a cambiar de idea y sonrió. Había adivinado su propósito de emplear el pico contra él, pero aún tenía otro proyecto que no había usado para librarse de su rival.

Más no había llegado el momento de ponerlo en práctica, solamente cuando la emoción de descubrir el tesoro le embargara, obligándole a distraerse, sería llegado el momento de jugar tan decisiva carta.

Se retiró a diez metros, siempre con el pesado revólver de Head en la mano y le contempló indiferente, mientras picaba. Estaba casi seguro de que no le dejaría disfrutar de la más pequeña fracción del botín y esto le tranquilizaba.

Head cavaba con furia, levantando a cada picotazo la cabezo para asegurarse de que su enemigo no había cambiado de lugar y que seguía colocado a una distancia imposible de caer sobre él por sorpresa y más tranquilo por esta seguridad, manejaba la herramienta febrilmente, anhelando convencerse de que no había sido engañado.

Por fin, después de ahondar casi medio metro, al meter el pico y remover la tierra con él, observó cómo surgían varíes monedas de oro y alguna otra alhaja más.

Un brillo extraño fulguró en sus ojos ante el deslumbrante recibimiento. Ahora estaba convencido de que Zenker le había dicho la verdad.

Levantó las monedas triunfalmente mostrándoselas a Zenker, quien con los nervios tensos, preguntó:

—¿Se convence usted ahora?

—Sí, ahora sí. Repartiremos buenamente y seremos ricos los dos.

Más confiado, siguió manejando el pico con ardor y cuando la tierra estuvo removida, metió las manos y extrajo, entre ellas, monedas de oro, sortijas, collares, pendientes y otras alhajas y dominado por la fiebre del egoísmo, las tomó a puñados, poniéndose de rodillas ante el agujero y acariciándolas con amor.

Zenker aprovechó el momento psicológico para acercarse a una prudente distancia, sin ser observado por Head y cuando juzgó que se encontraba en condiciones, levantó rápidamente el revólver y lo arrojó con terrible violencia.

Head, alcanzado en el cráneo, emitió un angustioso quejido y cayó de bruces sangrando como una res.

Capítulo VII

Zenker traza su último plan

ZENKER, con una sonrisa cruel de triunfo en los labios, saltó sobre el mormón atenazándole por el cuello para evitar una posible reacción, pero su precaución fue vana, pues Head no daba señales de vida.

Jadeante por la emoción y el peligro sufrido, tomó el inanimado cuerpo del mormón y lo transportó al interior de la cabaña, donde lo dejó abandonado y volviendo febril a la excavación, extrajo todo cuanto permanecía enterrado tapando el hoyo de nuevo.

Pero como constituía un estorbo y un peligro trasladarse a Salt Lake con el botín, volvió a buscar otro escondite y tras muchas vacilaciones encontró un lugar escondido y fácilmente reconocible, donde volvió a abrir un agujero enterrando el codiciado tesoro. Luego, con piedras pequeñas, formó una especie de túmulo para disimular el hoyo y cuando quedó satisfecho de su obra pensó en el futuro.

El mormón ya no constituía peligro. Estaba seguro de haberle abierto el cráneo del golpe brutal y con la pérdida de sangre, acabaría de morir si algún resto de vitalidad quedaba en su cuerpo. Lo que le interesaba era su gestión en el poblado y cómo podría

desarrollarla justificando la ausencia de su compañero.

Después de pensar varias excusas, se decidió por una. Se presentaría en el almacén que le había sido indicado como alojamiento y diría al resto de los mormones, que Head había salido a cumplir una misión hacia el Sur, en la que emplearía varios días.

Durante ellos, nadie se inquietaría por su ausencia y confiaba en poder dar el golpe definitivo contra Texas y sus compañeros y luego, desaparecer burlándose de la secta y de su barbudo jefe.

Montando en el pollino de Head, tomó la senda que los demás había seguido, pero cuando se alejaba, le dominó una inquietud. No conocía el camino y no estaba seguro de encontrar la salida. Con este contratiempo, no había contado y tenía que vencerle para no ver frustrados todos sus planes.

Tras, muchas fatigas, tras creerse extraviado infinidad de veces y desandar senderos que no conducían a ningún lado práctico, casi al anochecer, al embocar una fisura que se abría entre dos regulares taludes, emitió un gruñido de satisfacción. Había salido a un camino ancho y recto, siempre encajonado entre altas paredes y había reconocido en él el Paso que conducía al poblado.

Satisfecho, siguió adelante y era bien entrada la noche cuando alcanzó a distinguir desde el final de la pendiente las luces de la ciudad.

Esto le obligó a detenerse. Entrar de noche en ella, resultaría sospechoso, además de que no tenía sitio conocido donde pernoctar, y buscar a tientas el almacén tampoco era tarea grata.

Se ocultó entre las depresiones del terreno y, envuelto en la manta, dejó transcurrir las horas de la noche, hasta que, al salir el sol se puso de nuevo en camino.

Bajó al llano, y siguiendo las vagas indicaciones del mormón, rodeó la ciudad para entrar por el Sur como Head tenía pensado.

Ignoraba a qué se dedicaba el llamado Paul Lorey y qué clase de almacén regentaría, pero tenía que buscarlo discretamente por aquel lugar, seguro de que más o menos tarde daría con él.

La suerte le favoreció, pues al enfocar una calleja estrecha distinguió a un individuo que caminaba en sentido contrario a él, el cual, se detuvo de pronto y luego inició el avance hacía Zenker.

Este se envaró, pero rápidamente se sintió serenar. Aquel individuo era uno de los seis que habían salido el día anterior de la

choza, el cual había reconocido al pollino de Head.

Se acercó extrañado a Zenker, preguntando:

—¿Qué ha sucedido que se han retrasado tanto? Les esperábamos ayer tarde.

—Sí, pero refinando nuestros planes, hemos acordado que Head salga para el Sur a realizar una gestión importante y, al tiempo, para que retire del Banco de Park City un dinero que hará falta para los gastos generales. Me encargó que les dijese que me presentasen a Lorey, de acuerdo con lo convenido.

—Pues, sígame. El almacén está al principio de esta calle.

El mormón le guio hasta un oscuro almacén en el que se vendían cosas absurdas y antagónicas y le presentó al propietario, un tipo barbudo, de ojos oblicuos y labios salientes, cuya traza no auguraba ningún sentimiento noble.

Paul le acogió con deferencia y le hizo pasar al interior, bastante confortable. Además del piso bajo, ocupaba la planta superior y el edificio poseía la ventaja de tener una salida a la parte trasera.

Allí encontró reunidos a parte de los sectarios que debían secundarle en proyectos, y después de cambiar impresiones con Paul, reunió a todos pidiéndoles los informes recogidos.

Según uno de ellos, Texas y sus auxiliares se hospedaban en el palacio gubernamental, lo que hacía difícil poder atacarles allí, pero la tarde anterior habían visto a Texas y a Born salir en el coche del gobernador, para ir a la cárcel a visitar a Brigham.

De éste, se sabía que estaba bien atendido y que, al parecer, las conversaciones con el gobernador no llevaban mal camino. La gente confiaba en que sería puesto en libertad, siempre que, en nombre de sus secuaces, se comprometiese a abolir la poligamia.

Zenker se apresuró a enturbiar sus esperanzas.

—No se fíen —dijo—, esto es una añagaza. Yo estoy seguro de que prolongarán las conversaciones hasta que todo esté listo para la causa. Luego, se romperá el diálogo, le juzgarán y saldrá para alguna cárcel lejana.

—Sería una indigna traición —aseguró Paul.

—Pero la harán. Brigham les ha dado muchos disgustos y temen que una vez libre, se reproduzcan. Todas las veces no sale bien poderle aprisionar; por eso, yo sólo me fío en mi plan. Si cogemos en una celada a ese famoso trío, tendremos un arma para obligarles

a soltar al Patriarca.

—Pues, bien —dijo Paul—, vamos a intentar lo que sea, pero rápidamente.

—Primero, tenemos que estudiar los pasos que dan esos tipos. Sólo de que podamos cogerles fuera del palacio depende nuestro éxito.

—Pondremos vigilantes ante el palacio.

—Bien, creo que es lo más conveniente y lo que se puede hacer de momento. Cuando obtengamos datos del modo que tienen de moverse, podremos trazar un plan con visos de éxito.

* * *

Texas, Born y Nino, después de su odisea en las Rocosas, habían llegado a Salt Lake City molidos de tan intensa tarea y relativamente satisfechos del resultado. Habían conseguido dar cima a su tarea oficial, batiendo a los mormones y apresando a Brigham y habían rescatado incidentalmente parte de su tesoro, pero se encontraban como al principio, sin haber podido deshacerse de Zenker y siempre con la amenaza de verle resurgir donde y como menos fuese esperado.

El gobernador les felicitó por su éxito, dándoles las gracias oficialmente y luego pregunto:

—¿Cuáles son sus planes ahora, señores?

—¡Que me aspen si lo sé! —repuso Texas—. En justicia, nuestra misión está terminada, pero hemos perdido la pista del principal promotor de todos estos sucesos y para nosotros es una cuestión de amor propio y seguridad futura cortar la cabeza a la hidra, pues de lo contrario, dentro de equis tiempo tendríamos que volver a empezar y he prometido a mi esposa no moverme más del rancho, suceda lo que suceda. Por eso, me inclino a demorar nuestro regreso y a esperar a ver si surge algo que nos de una orientación sobre el paradero de ese monstruo.

—Perfectamente. Pueden irse o quedarse a voluntad, pero mientras permanezcan en la capital, serán mis huéspedes de honor, no lo olviden. Si se prolonga, podrán asistir al proceso, si es que éste llega a celebrarse.

—¿Por qué lo duda usted?

—Porque después de telegrafiar a Washington dándoles cuenta de la prisión de ese sapo barbudo, el Gobierno, como medida de prudencia, me faculta para, que inicie negociaciones con él, en el sentido de ponerle en libertad y dejar sobreseído el proceso, si Brigham, en nombre de sus secuaces, se compromete a renunciar a la poligamia y a acatar las leyes generales de todos los Estados. Prefieren esto a sembrar la semilla del odio, si, como es lógico, sale condenado y se le traslada a una lejana prisión.

—Como medida de gobierno, no está mal —aseguró Texas—. Pero ¿qué garantías van a dar que cumplirán sus compromisos?

—Este es el escollo. Por eso quiero asegurarme bien y, entre, tanto, como esto es solamente oficioso, se tramitan todas las diligencias para el proceso. Conversaciones, bueno, pero con la espada levantada sobre su cabeza, para que no juzgue este acto de hidalguía como signo de miedo o debilidad.

Días más tarde, cuando el gobernador se decidió a visitar al mormón en su celda para hablarle del asunto, invitó a Texas y a Born a acompañarle, para que asistiesen a la entrevista.

Brigham les recibió fríamente y demostró su hostilidad hacia Texas, autor de su desgracia, pero éste le advirtió:

—No sea infantil y quédeme agradecido. Pude acabar con su vida y la respeté y obligué a respetarla. Creo que si posee usted dos dedos de sentido común, escuchará al señor Gobernador en algo que tiene que proponerle y si acepta, conseguirá usted acabar sus días tranquilo y respetado; pero si así no es, no cuente con un acto de debilidad del Gobierno. Será acusado de un grave delito al infringir las leyes básicas de la Nación y la condena será tan fuerte, que nunca más volverá a ver la luz del sol, sí no es a través de la reja de una celda.

Brigham se mostró impresionado por las enérgicas afirmaciones de Texas y dio su conformidad para escuchar la proposición del Gobierno, cosa que no esperaba que fuese tan beneficiosa para él.

Pero, astutamente, ocultó su alegría e incluso empezó a poner obstáculos, exigiendo una serie de concesiones que amenazaban con alargar las entrevistas.

Pedía fuesen respetados los matrimonios ya sancionados por su iglesia e incluso los comprometidos entre sus secuaces; la libertad de todos los prisioneros, fuese cualquiera su delito, y celebrar una

reunión con los más destacados elementos de la secta, para pedir su opinión y saber que contaba con la obediencia de ellos.

El gobernador se opuso a dos extremos. Se respetarían los matrimonios celebrados, siempre que las múltiples esposas de cada mormón no deseasen romper aquel lazo existente. La que desease anularlo, se respetaría su deseo y nadie podría forzarla a seguir atada al yugo del prolífico esposo, y en cuanto a los presos, serían puestos en libertad los acusados de poligamia, pero no aquellos que, fuera de sus creencias, habían cometido asesinatos, asaltos y robos a mansalva.

En cuanto a los «Ángeles exterminadores», la secta sería disuelta y se dictaría una ley condenando a muerte a los que tratasen de reorganizarla o se afiliasen nuevamente a ella.

Y en cuanto a la reunión, accedía gustoso. Parte de los jerarcas del mormonismo estaban en la misma prisión y serían llevados a su celda y Brigham daría los nombres de los restantes para citarlos a la entrevista.

Brigham prometió estudiar las propuestas, pero éstas debían ser discutidas en la reunión de primates, pues por sí solo no aceptaba la responsabilidad de acatarlas si luego los demás no estaban conformes con ellas.

El gobernador facilitó las reuniones, a las que acudieron no sólo los que estaban presos, sino algunos que gozaban de libertad y al parecer fueron muy violentas, porque, cosa muy natural, algunos de los jerarcas presos lo estaban por haber cometido actos ajenos a su doctrina y no estaban dispuestos a dar su conformidad, sabiendo que no se verían libres y sí condenados por sus delitos.

En cambio, los presos políticos y los que gozaban de libertad, se sentían inclinados a aceptar las condiciones impuestas, pues comprendían que el mormonismo resultaba ya impopular y que, de una manera o de otra, les obligarían o someterse a las leyes generales.

Se buscó la manera de hacer presión en el gobernador para conseguir que se decretase una amnistía general que comprendiese a los encartados en delitos comunes.

Respecto a la disolución de la secta de «Los ángeles exterminadores», algunos se oponían, considerando que eran una salvaguarda para hacerse respetar, pero Brigham les hizo ver que,

legalmente, para el Gobierno era una organización clandestina y fuera de la Ley, y no admitirían su reconocimiento.

Debía disolverse oficialmente y, después, cada uno, bajo su responsabilidad y sabiendo que peligraba su cabeza, podía o no resucitarla y reafiliarse a ella, pero jamás podría contar con la protección del resto de sus antiguos compañeros.

Esta cuestión llegó a resolverse aceptando la disolución. Algunos osados parecían dispuestos a mantenerla después, pero esto ya sería una resolución personal, con la exposición consiguiente.

Estas entrevistas, las contraproposiciones al gobernador, las negativas de éste a considerar a los asesinos como presos políticos, se prolongaban largamente y todo parecía predecir que no se iba a llegar a un acuerdo definitivo.

A Brigham le molestaba verse retenido en su celda por la obstinación de su gente y trataba de imponerse con energía a ella, obligándoles a aceptar, pero el prestigio del Patriarca había sufrido una gran merma con su prisión y se veía obligado a aceptar las discusiones contra su criterio, cosa que en época anterior no lo hubiese tolerado a nadie.

Mientras esto se discutía, Texas y sus amigos se aburrían extraordinariamente sin saber qué hacer. El gobernador había encargado a varios hombres de confianza que hiciesen gestiones por hoteles, fondas y casas sospechosas, a ver si se localizaba la presencia de Zenker, pero las gestiones policíacas no dieron resultado.

El avieso ex secretario, temiendo esta búsqueda, no salía del domicilio del almacenista para nada y se limitaba a recibir los informes de los espías, que no resolvían nada.

Texas y Born, habían salido varias veces en el coche del gobernador y le habían acompañado a la prisión, pero no se habían decidido a salir solos por el poblado y esto echaba por tierra todos los planes de su enemigo.

En cuanto a las conversaciones con Brigham, algo había trascendido a través de los jerarcas no presos y se sabía que el punto de cheque era precisamente la libertad de les asesinos y salteadores.

Zenker avivaba la impaciencia y el odio de los mormones diciendo:

—Convénzase de que se trata de una añagaza. Ellos saben que, decentemente, no se puede aceptar que condenen precisamente a los que más han luchado y expuesto por la causa, y con ello sólo pretenden dar largas al asunto. En cuanto a la disolución de «Los Ángeles exterminadores», temen el poder de la secta y quieren aniquilarla para, después, proceder uno a uno contra los más destacados sin temor a las represalias.

Paul y sus secuaces se hallaban perplejos. No sabían qué decidir y acosaban a Zenker a preguntas.

Este, que estudiaba planes encaminados tan solo a deshacerse de sus enemigos, les dejaba desesperarse. Había concebido un proyecto audaz, pero sólo podría confiar en su éxito cuando los mormones se encontrasen desesperados y pudiese, contar con su reacción violenta.

Por fin, un día se decidió a decir:

—Tengo un plan, pero es un plan audaz y decisivo, si ustedes cuentan con gente de nervio para él. Les aseguro que obtendríamos un buen éxito en doble sentido, pero repito que sólo se puede llevar a la práctica contando con hombres dúctiles, que secunden mis órdenes con decisión y sin reservas.

Paul Leroy, enérgicamente, repuso:

—Hable. Cuando sepamos de qué se trata, le diré si contamos con gente o no.

—Pues el plan es muy sencillo. Los mormones y ustedes están descontentos de la lentitud con que se llevan las negociaciones. Ansían ver libre a su Patriarca y hartos de este compás de espera, necesitan manifestar su opinión y hacer un acto demostrativo de que en todos los momentos están a su lado. Para ello, un día determinado y a una hora determinada, se organiza una manifestación para pedir al poder que el asunto se lleve a término. Se congrega a un buen número de sectarios en determinado punto y en manifestación pacífica se dirigirán primero al palacio del gobernador y después a la cárcel, portando pancartas en las que se pida la liberación de Brigham. Esto aquí, país democrático, donde la expresión libre de pensamiento se manifiesta abiertamente, no tiene nada de particular y esta manifestación preparada con cien individuos, puede poseer la virtud de sumar en el transcurso de su recorrido, doscientos o trescientos, que se sumarán a ella por propio

impulso. Bien, entre esa masa, debe haber dos o tres docenas —cuantos más mejor— de hombres de acción, con consignas dictadas escuetamente y cuando la manifestación llegue ante la cárcel, al parecer en actitud pacífica, de súbito se convierte en violenta. Los escogidos se lanzan sobre las puertas de la cárcel, violentándolas para liberar a los presos. La poca guardia que hay allí se verá impotente para evitarlo, se cursará un aviso urgente al gobernador, quien, aunque dispone de policía, no posee en estos momentos una cantidad tan grande que pueda impedir la acción de los nuestros, y cuando lleguen ya se habrá liberado a Brigham.

«Tendremos un buen caballo preparado para hacerle huir a algún sitio donde pueda cobijarse sin peligro, y cuando con la policía acudan Texas y sus auxiliares, nosotros, apostados en un lugar estratégico, les esperamos y caemos de improviso sobre ellos antes de que tengan tiempo de llegar a la cárcel y acudir prevenidos. Es seguro que, con la sorpresa, capturemos a esos tres aventureros, e inmediatamente que los hayamos cogido salimos huyendo hacia la montaña, donde les esconderemos. Entonces, lo que sucederá serán dos cosas; primero, que Brigham estará otra vez libre, y segundo, que para protegerle aún más y negociar su definitiva libertad, no soltaremos a esos intrusos hasta que el Gobierno haya claudicado aceptando nuestras condiciones. El plan es audaz, lo reconozco, pero precisamente por audaz, si se organiza bien, tiene que salir triunfante. No se me ocurre otra cosa, ni creo que ustedes tengan tampoco nada mejor. Estúdienlo y si lo aceptan yo organizaré todo tan al detalle, que si nadie falla en su cometido el éxito será definitivo.

Los mormones, sobrecogidos de sorpresa por lo atrevido de la idea, no se atrevieron a aceptarla, pero prometieron discutirla y oponer los inconvenientes que encontrasen, para que Zenker viese si era capaz de resolverlos o no.

Durante todo aquel día Paul celebró conversaciones no sólo con los que habitualmente se reunían allí, sino con algunos destacados elementos de fuera, y como entre ellos los había que tenían en la cárcel parientes en peligro de sufrir un duro castigo, encontraron viable el proyecto, siempre que su organización fuese perfecta.

Se pidieron a Zenker ciertas aclaraciones, que el sagaz aventurero resolvió con rapidez, y el plan quedó virtualmente

concluso y terminó por ser aprobado por los que recibieron consulta sobre él.

Entonces se fijó, la fecha del asaltó para dos días después, aproximadamente al atardecer. Esto coincidió con una noticia publicada en la prensa, en la que se comunicaba al público que el tribunal para juzgar a Brigham ya estaba nombrado y que el juicio contra él y los demás prisioneros se celebraría una semana más tarde.

Esta noticia la había hecho dar el gobernador para presionar a los indecisos mormones, pues ya estaba harto de reuniones infructuosas, en las que los egoísmos particulares predominaban sobre el interés general.

La noticia acabó de decidir a los reacios, e inmediatamente empezaron a trabajar activamente para reclutar los elementos necesarios para la manifestación.

Algunos acudirían a ella sin recibir más explicaciones que la primordial de que había que hacer acto de presencia pidiendo la libertad del preso, para presionar a las autoridades; pero fuera de este núcleo que debía servir de pantalla, otro, menos numeroso, pero decidido y osado, estaba recibiendo instrucciones completas sobre su modo de proceder dicha tarde.

Capítulo VIII

El fracaso

DURANTE aquellos dos días siguientes. El almacén de Paul se convirtió secretamente en el cuartel general de los mormones.

Los llamados jefes de sección, que eran una docena, entraban y salían recatadamente para recibir instrucciones y cada cual con celo febril, se ocupaba de que su misión estuviese organizada al detalle, sin preocuparse de lo que el resto de sus compañeros estaba obligado, a llevar a cabo.

Se estudió el lugar donde Brigham debía dirigirse y en lugar de devolverlo a la montaña se acordó hacerle cruzar el desierto para dirigirse a la raya de Nevada, donde no se sospecharía que pudiera dirigirse y donde también existía cierto predicador mormón que le protegería.

Zenker, astutamente, comisionó al núcleo que le rodeaba para dirigir el asalto y la liberación de Brigham y pidió ocho hombres decididos que le secundasen para la captura de Texas, pero su idea era usar de su obediencia pasiva, ordenándoles disparar sobre ellos sin intentar nada para detenerlos.

En cuanto les viese caer acribillados a balazos, se separaría de ellos, se dirigiría raudamente a la montaña, desenterraría el tesoro y

se perdería en Wyoming, para, desde allí, por el camino más corto, regresar a Washington.

Mientras, si libertaban a Brigham o no, le tenía sin cuidado, y si fracasaba el absurdo intento, como seguramente sucedería, se alegraría para que el odioso mormón, que con tanto desprecio y crueldad le había tratado, sufriese las consecuencias de su soberbia.

A él lo que le interesaba era que al iniciarse la revuelta Texas y los suyos acudiesen a ayudar a sofocarla para poderles cazar impunemente, y lo demás no era más que una bonita y sangrienta decoración para dar marco y fondo a sus personales planes.

Todo se llevó con sigilo y actividad y la labor de los espías fue tan eficaz, que cuando amaneció el día señalado para dar el golpe no quedaba el más nimio detalle por ejecutar.

Y así, cuando se acercaba la hora de que los mormones fluyesen frente a la casa de Los Leones para organizar la manifestación. Zenker, procurando disimular su personalidad con un atuendo prestado y un enorme sombrero cuyas alas le cubrían medio rostro, abandonó el almacén, montó a caballo y guiado por uno de sus satélites fue a reunirse con los ocho hombres que habían sido elegidos para actuar en su compañía, los cuales, diseminados, unos de otros para no llamar la atención, se paseaban por la calle esperando el momento de actuar.

Todo se inició al minuto y con una organización maravillosa. Los alrededores de la Casa de los Leones, que a las cinco y veinticinco aparecían casi desiertos, empezaron a verse poblados casi por encanto. Por todas partes afluían grupos de hombres que convergían frente al edificio, y en cinco minutos aquello parecía un hervidero humano.

Alguien que tenía la misión de encauzar la manifestación y ponerla en marcha, hizo flamear una pancarta en la que se leía: «Pedimos la libertad de Brigham», e inmediatamente, variar docenas de carteles parecidas, surgieron de debajo de las vestidura de sus portadores y colocados en pértigas ya preparadas de antemano, flamearon sobre las cabezas de los manifestantes.

El que les dirigía rompió la marcha e inmediatamente una compacta fila de mormones formó tras él y la comitiva se encaminó despacio, sin un grito, sin una protesta, en perfecto orden, hacia el palacio del gobernador.

Pero ya alguien se había apresurado a correr por delante para advertir a la primera autoridad del Estado sobre lo que estaba sucediendo.

—¿Son muchos? —preguntó el gobernador.

—Lo menos doscientos y los que se vayan sumando al paso.

—¿Cuál es su actitud?

—Pacífica y correcta. Se limitan a flamear pancartas pidiendo la libertad de Brigham.

—Bien, mientras se limiten a eso, no hay motivo para impedírselo ni intervenir. Que les dejen tranquilos en tanto que no se salgan de los límites correctos, pero que dos decenas de policías, dando un rodeo para no ser vistos, se dirijan al galope a la cárcel y penetren en ella para defenderla, por si en su exaltación intentasen algo anormal. Otros policías, a prudente distancia, que sigan a la manifestación.

Tomadas estas medidas, el gobernador esperó ansiosamente noticias de aquella explosión popular en favor de su Patriarca. No era nada exótico que así sucediese y lo que le extrañaba era que no se hubiese producido antes.

Media hora más tarde, la manifestación aparecía frente al palacio gubernamental, y el gobernador, que se hallaba en su despacho con Texas, Born y Nino, exclamó:

—Veamos qué vienen a pedirme esos sapos. Me dan ganas de barrarlos a tiros por sinuosos.

—Déjelos, mientras no hagan más que eso…

La manifestación se detuvo frente al palacio y una comisión de seis mormones subió a entregar un escrito que llevaba la firma de algunos jerarcas mormones. Era un escrito respetuoso, en el que se abogaba por la libertad de Brigham, alegando que habiendo sido respetada hasta entonces por el Estado la religión mormónica, no se le podía juzgar acusándole de un delito que, si más adelante podía serlo, entonces no lo era.

El gobernador, cortés pero enérgico, les advirtió que la libertad de Brigham dependía de ellos mismos. Le habían sido hechas proposiciones magnánimas, que sólo un gobierno demócrata y comprensivo como el de la Unión era capaz de hacer y qué ellos debían darse cuenta de lo beneficiosas que eran. Todo podemos perdonarlo y olvidarlo menos el crimen, el saqueo, el robo y el

asesinato. Para los que están incursos en esos delitos, no puede haber clemencia, porque los hechos se apartan de las cuestiones políticas y religiosas.

Les prometió llegar hasta el límite y les aconsejó que, una vez recibida su garantía de que se obraría con lealtad, debían disolverse.

Los comisionados prometieron dar cuenta de sus palabras y poniéndose al frente de la manifestación desaparecieron del palacio lentamente.

—¿Cree usted que se conformarán con lo que les ha dicho? —preguntó Texas, dudando.

—No lo sé, pero… allá ellos. Yo estoy prevenido.

—¿Pueden intentar algo?

—Quién sabe. Podían intentar libertarle, pero se encontrarían con algo muy duro que digerir. Más vale que no sufran esa mala idea.

Transcurrió casi media hora en la más absoluta calma, cuando súbitamente Texas se envaró, acercándose a los vidrios del balcón del despacho.

—¿Qué sucede? —preguntó el gobernador.

—Escuche, me parece que… justo… ¡tiros!…

En efecto, uno o dos disparos sueltos habían vibrado, pero, rápidamente, el tiroteo empezó a aumentar y pronto el tableteo de las detonaciones les indicó que se trataba de algo serio e intenso.

—¡Por Judas! —exclamó el gobernador furioso—. ¿Habrán sido capaces, los muy coyotes, de asaltar la cárcel?

—Eso estoy sospechando —afirmó Texas nervioso.

—Pues me parece que van a recibir una severa lección… Ahora mismo voy.

—Perdón, excelencia —dijo Texas cortésmente—. Usted no puede abandonar el palacio y exponerse a recibir un tiro en la refriega. Ahora no es militar, sino gobernador, y su disciplina muy otra.

—Pero… yo necesito saber…

—No se preocupe. Ahora mismo vamos allí, mis compañeros y yo, y si es preciso ayudar en algo, se ayudará y no con guantes de seda. ¡Nino, nuestros caballos!

Nino corrió a las cuadras. El gobernador había enviado días

antes gente al campamento de Flyod para que recogiesen los caballos de los tres aventureros y esto les permitía poder disponer de sus monturas.

Rápidamente éstas estuvieron preparadas y Texas, seguido de Nino y de Born, abandonó el palacio dirigiéndose al galope hacia la cárcel.

—Esto va bueno, manito. Ya se me estaban pudriendo las manos o así de manejar solamente los palos de las chuletas y esos malditos tenedores de plata del gobernador, que, ¡maldito sea Jalisco!, todavía no he podido aprender a manejar, ni sé que sirvan más que para complicarle a una la vida y dejarle sin comer, creo yo. Esto es otra cosa; lo manejo mejor que los tenedores y ¡maldita sea Guadalajara si hoy no me doy un banquete de hígados de mormón que se me salgan por los pelos o así!

Conforme se iban acercando hacia la cárcel, situada en un lugar apartado del centro de la población, el tiroteo aumentaba en intensidad y Texas, inquieto, adivinaba que aquello no había brotado por generación espontánea, sino que era algo muy bien premeditado y muy bien estudiado, que acababa de estallar en el momento culminante.

De súbito, una sospecha acudió a su mente y frenando un poco el caballo exclamó, dirigiéndose a Born:

—¿A qué no sabe usted qué es lo que estoy sospechando?

—¿El qué?

—Que toda esta escenografía sea obra de Zenker.

—¡No me diga!… ¿Cómo se iba a interesar por la vida y la libertad de Brigham, después que le pretendió ahorcar? ¿No comprende que sería un absurdo?

—En efecto —declaró, dudando, Texas— pero… no sé; me dice el corazón que esto es obra suya. No hay gente tan sabia entre estos cerdos, fuera de Brigham, para organizar un plan tan audaz como éste. Yo estoy seguro de que es obra suya y que algo busca con ese truco.

Nino se volvió y de modo ingenuo se atrevió a decir:

—Pues si busca algo, creo yo que no puede buscar más que nos metamos en este jaleo y nos coloquen un par de balas en la cabeza o así.

Texas dio un bote sobre la silla exclamando:

—¡Nino!… Eres el sabio más grande de la tierra y creo que nadie podrá disputarte el cargo de gobernador de California. ¡Has acertado! Eso es lo que busca y apostaría mi caballo contra dos centavos, a que anda emboscado por algún lugar propicio para recibirnos a tiros al pasar.

—¡Por Judas!… —rugió Born—. ¿Sabe usted que, voy creyendo que tiene usted razón?



—Bueno; por si acaso, tomemos precauciones. El camino normal para desembocar en la cárcel es la primera calle a la derecha. No pasemos por ella. Vamos a dar la vuelta y a entrar por alguna calleja contraria, a ver si sorprendemos a alguien emboscado en ella.

Cumpliendo la orden de Texas dieron un rodeo para evitar la calle qué rectamente conducía a la cárcel.

El tiroteo intenso se captaba con claridad y un griterío que encendía los nervios poblaba el aire.

—La batalla debe ser dura —afirmó Texas—, si no fuera porque acabar con Zenker es lo primordial, me desentendía de él e iba derecho hacia el lugar de la lucha; es mucha la gente y pueden poner en peligro a esas dos docenas de heroicos policías.

—Podemos llegar a tiempo, todo será cuestión de unos minutos.

Alcanzaron la cabe paralela a la que conducía directamente a la cárcel y refrenando el paso descendieron por ella, examinando las

callejas que unían ambas calles de un lado a otro, hasta que al alcanzar una próxima ya a la cárcel, descubrieron un grupo de jinetes apostados hacia el promedió de ella.

La distancia no permitía apreciar quiénes eran, pero Texas, animado de un fuerte presentimiento, exclamó:

—Apostaría la cabeza a que son esos. Zenker debe estar entre ellos.

—Pues al galope —exclamó Born—. Si nos presentamos por la espalda y por sorpresa, casi seguro que les batimos.

Texas, dejándose llevar por el deseo de Born, no lo pensó más y lanzo su caballo por el callejón, seguido de sus dos amigos, que no querían permitirle que se expusiese él solo.

No se habían equivocado. El grupo allí apostado era el perteneciente a Zenker, el cual, adelantado hacia el esquinazo de la otra calle, atisbaba ésta en espera de ver aparecer por ella a sus tres enemigos.

El furioso trote de los caballos de Texas, Born y Nino le obligó a volver la cabeza y su aguda vista reconoció al instante las cabalgaduras.

Rabioso y acometido de un enorme pánico, se revolvió, aullando:

—¡Disparad! ¡Disparad, malditos! ¡Son esos!

Los mormones, cogidos de sorpresa, vacilaron un momento, tiempo justo para que los tres audaces aventureros, empuñando sus revólveres, disparasen rabiosamente sobre el grupo que se amontonaba en la estrecha calleja.

Los primeros disparos fueron mortales. Tres hombres cayeron gravemente heridos y dos recibieron las caricias del plomo intentando disparar, pero de nuevo tronaron los revólveres de Texas y sus compañeros, y otros dos cayeron de los caballos.

Zenker, desde el esquinazo de la calle, disparaba rabiosamente tratando de ayudarles, pero, debido a la sorpresa y el nerviosismo, los disparos fueron imprecisos.

Angustiosamente se dio cuenta de que, en lugar de sorprender, había sido sorprendido. Los hombres en quienes confiaba habían caído fulminados por los disparos de aquellos tres demonios invulnerables, y, considerándose perdido, no pensó más que en su salvación. Clavó cruelmente las espuelas en los ijares de su caballo,

y éste, dolorido, saltó elásticamente, ganando la calle en el momento justo en que un alud de gente despavorida inundaba la calzada alocadamente, huyendo de los alrededores de la cárcel.

El intento de asalto había fracasado tristemente. Cuando, tras ímprobos esfuerzos, habían conseguido echar abajo las puertas e iban a irrumpir gozosos en el interior, dos docenas de rifles encañonando la entrada barrieron ésta, produciendo una terrible carnicería en la masa de asaltantes, y, aunque los más osados dieron la cara tratando de arrollar a los policías, éstos, desde el interior, se defendían bravamente, sin permitir a nadie pasar de las derruidas puertas.

Tampoco el intento de asaltar las ventanas tuvo éxito. Un retén de policía que había seguido discretamente a los manifestantes se sumó a los defensores, disparando desde los lugares adyacentes, y a poco de entablarse la pelea, los mormones, considerándola perdida, empezaron a flaquear, separándose del edificio y manteniendo un fuego desesperado desde los lugares más próximos, para dar tiempo al resto de los manifestantes a alejarse de allí.

Un pánico enorme acometió a los que solamente habían acudido a manifestarse, sin nociones de lo que más tarde iba a suceder, y huyendo alocadamente, se diseminaron en tropel por las calles próximas, para ponerse lejos del alcance de aquella intensa lluvia de proyectiles.

Los policías, al observar el repliegue de los mormones, abandonaron el interior de la cárcel y se lanzaron en persecución de los que más se habían destacado en el asalto, persiguiéndoles a tiros y siendo contestados en idéntica forma.

La balumba humana que afluía por la calle más próxima a la cárcel se corrió como un río desbordado, precisamente en el momento en que Zenker, temiendo ser alcanzado por sus enemigos, lanzaba su caballo calle arriba. La suerte hizo que figurase en vanguardia de los huidos, encontrando el camino despejado para galopar furiosamente, en tanto que Texas y sus amigos, cuando llegaron a la salida de la callejuela para enfocar aquella otra vía más ancha, se viesen detenidos por la riada humana que les impedía avanzar libremente.

Texas, furioso, descubrió el caballo de Zenker galopando ya lejos, y, ciego por la rabia al observar que aquel incidente

imprevisto iba a imposibilitar su captura, gritó:

—¡Adelante!… ¡Ábranse paso sea como sea, pero hay que alcanzarle!

De manera impetuosa lanzó su montura sobre la compacta masa para abrirse camino. El caballo, ciego, pateó a los más cercanos, que cayeron a tierra lanzando aullidos de espanto, mientras otros se apretaban a los lados para abrir hueco a los caballos y evitar ser atropellados ciegamente.

A pesar de esta precaución de los fugitivos y de los esfuerzos de los caballos para avanzar, se retrasaron de un modo lamentable, y cuando consiguieron remontar la cabeza de la masa humana, ya Zenker se había esfumado por una calle transversal.

Texas dio orden de perseguirle, citando a sus compañeros en un lugar de las afueras, y por caminos distintos batieron aquel lado hasta coincidir en el lugar de la cita sin haber podido alcanzar al fugitivo.

Se hallaban próximos a la planicie donde se iniciaba de nuevo el paso hacia la montaña, y todo parecía indicar que aquél tenía que haber sido el itinerario seguido por Zenker. Permanecer en la capital después de haberse descubierto era peligrosísimo para él, pues podía ser copado, y el instinto le movería a buscar espacios libres donde debatirse.

Se habían detenido perplejos sin saber qué decisión tomar, cuando Texas descubrió un jinete que se dirigía al poblado y venía precisamente de la dirección de las montañas. Impetuoso galopó a su encuentro.

—Por favor… —preguntó—. ¿Sabe usted si algún jinete ha cruzado hace poco hacia el paso?

—Sí —replicó el viajero—; me he cruzado con uno que galopaba raudamente hacia allí. Monta un caballo ruano, si las señas le interesan.

—Gracias.

Se reincorporó a sus amigos, diciendo:

—¡A todo galope, a la montaña! Lleva ese camino.

Capítulo IX

Así murió el monstruo

ZENKER bendijo aquella alocada aglomeración que el destino había interpuesto entre él y sus perseguidores como una barrera protectora que era imposible salvar a pesar de todos los esfuerzos que hiciesen para ello. Sabía que, ni aun lanzando ciegamente los caballos sobre la marea, éstos podrían avanzar a su ritmo, y calculó que esto le prestaba una ventaja inicial de varios minutos, que debía aprovechar raudamente para ponerse a salvo.

Por un momento estuvo tentado de dar la vuelta y regresar al almacén de Lorey, pero inmediatamente desistió de intentarlo. El fracaso del asalto había sido tan rotundo y tan sangriento, que le culparían lógicamente de él, y correría en sus manos tanto o más peligro que si se ponía al alcance de los revólveres de Texas y sus auxiliares.

Esta vez había perdido la partida rotundamente. Ya no podía engañar a nadie en Utah, ni buscarse gente que le ayudase ni aun a huir. Tenía que intentarlo por sus propios medios, renunciando a vengarse de Texas por el momento. De nuevo la suerte protegía a sus enemigos, y tendría que volver a empezar, inventando algo distinto y más sutil para poder batirlos.

Esto le desesperanzaba. Estaba harto de aquella lucha estéril en la que había corrido terribles peligros para no conseguir nada práctico, y, según galopaba por el llano hacia la montaña, se preguntaba si no sería más prudente renunciar a la lucha y retirarse a un rincón oculto a disfrutar de sus cuantiosos bienes, sin meterse de nuevo en aventuras que podían serle fatales al final.

Había tentado demasiadas veces la suerte, y el corazón le decía que algún día, cuando menos lo pensase, podría quebrarse el hilo del que estaba pendiente su vida hacía más de dos años. Esto resultaba deprimente para su orgullo y amor propio, pero debía consolarle pensar que a sus rivales tenía que atormentarle el mismo pensamiento por no haber sido capaces de acabar con él.

Afinando mucho, se decía que debía consolarse al pensar que él había sido uno solo a luchar con tres, y, si bien no les había vencido, tampoco había permitido que ellos le venciesen.

Aquel último golpe que acababa de sufrir estaba enfriando mucho sus ánimos. Primero, había perdido el poderoso apoyo del «Ku-Klux-Klan», y ahora, el de «Los Ángeles Exterminadores». Quedaba constreñido a sus propias fuerzas, y no ignoraba que éstas, frente a tres hombres excepcionales y en contra de la Ley de una nación tan fuerte, no servían para alcanzar la victoria.

Decididamente, huiría de Utah hacia Wyoming, y por algún tiempo daría al olvido a Texas y a sus enemigos, incluso a Vera. Sobre ésta se llevaba el consuelo rabioso de estar seguro de que habría de desesperarse al saber que no había muerto y que su matrimonio con aquel agente estúpido y vanidoso que se había sumado a la partida sería imposible.

Más tarde, quizá cuando menos lo pensase, se le presentaría alguna ocasión propicia para vengarse sin tanto aparato y tanta lucha, y, si así era, juraba por el infierno que no vacilaría en hacerlo.

Volviendo constantemente la cabeza hacia atrás, alcanzó las estribaciones de la montaña y, aprovechando las excelentes condiciones de su caballo, se lanzó pendiente arriba, desapareciendo rápidamente de la parte llana. Si, como creía, no había sido descubierto, sus enemigos andarían desorientados calculando el sitio por dónde había huido, y, cuando quisiesen organizar la caza, él se encontraría ya al otro lado de las Rocosas.

Ahora se le presentaba un problema. La tarde iba muriendo, y tendría que buscar refugio durante la noche en algún lugar no muy lejano. Sin la luz del sol, se sentía incapaz de localizar el lugar por donde había salido al paso desde el interior de la montaña, y no se hallaba dispuesto a seguir la huida sin rescatar el enterrado tesoro.

A esto no renunciaría por nada del mundo. Era el único fruto que iba a sacar de tantos peligros corridos, y no por necesidad material de su producto, aunque lo juzgaba valioso, sino por orgullo de conquistador debía rescatarlo y beneficiarse con él.

Sin perder el ritmo de su galope inicial, seguía avanzando paso arriba, registrando los accidentes de los taludes que lo cerraban, en busca de un refugio adecuado donde pasar la noche. Las sombras iban acentuándose rápidamente y llegaría un momento en que solamente el fulgor de las estrellas podía servirle para orientarse.

Por fin descubrió un pequeño corte en el talud de la izquierda, y decidió filtrarse por él. Ignoraba si se trataba de un simple agujero o se abría paso al interior, pero, en cualquier caso, le serviría de refugio por aquella noche, en evitación de que, sospechando que pudiera buscar la huida por el paso, se lanzasen tras sus huellas.

La grieta discurría entre peñascales, ensanchándose lentamente, y, al parecer, no era un paso muerto, lo que le alegró, pues así, cuando amaneciese, no tendría que exponerse a volver a la senda, que podía estar vigilada.

En una oquedad del terreno se guareció como mejor pudo. Carecía de manta y de elementos para combatir el frío de la noche, que en aquellas alturas era muy intenso, pero tenía que resignarse a sufrir cualquier inclemencia, que siempre sería mejor que ser cazado.

Apenas si pudo conciliar breves momentos el sueño durante la noche. El frío lacerante le hacía tiritar terriblemente, y sufrió horas de verdadera angustia, hasta que, por fin, una difusa claridad que llegó hasta la fisura le anunció que el día iba a romper.

Abandonó su refugio, se entregó a un ejercicio violento para recobrar la circulación de la sangre, y cuando, merced a este esfuerzo, se encontró más reconfortado, se decidió a seguir explorando el terreno.

La grieta se abrió para presentarle diversos senderos entre rocas que serpenteaban en todas direcciones, y al azar eligió uno,

tratando de seguir una orientación hacia el noroeste, por donde suponía que estaba enclavada la choza de Head.

Torturado por el hambre y la sed, caminaba ciegamente, siempre siguiendo una misma dirección. Si la suerte le ponía en el sendero por donde había descendido hacia el poblado, estaba seguro de llegar al lugar donde había dejado enterrado el tesoro.

Rabioso, avanzaba arrastrando las piernas vencidas por el cansancio. El caballo le seguía por aquellos pasos difíciles, escurriendo los cascos sobre el esquisto, y las horas transcurrían sin que diese con la senda tan anhelada.

Una nueva noche se le echó encima, más torturadora y angustiosa que la anterior. Había conseguido saciar su sed en un pequeño manantial que encontró al paso, pero el hambre se había agudizado en él y se sentía más mordido que nunca por el estómago.

Furioso, cortó un trozo de cuero del remate de su cinto y se dedicó a mascarle con ansia. Era una sensación que, sin saber por qué, en lugar de calmarle parecía exasperarle más, pues el consuelo y el alivio que sus mandíbulas sentían al mascar furiosamente no bastaban para llevar la misma sensación al estómago.

Las horas transcurrieron atormentadoras e interminables. En algunos momentos se sentía invadido por la fiebre y sus párpados se cerraban pesadamente, causándole pesadillas siniestras. Se veía perseguido sañudamente por docenas de individuos armados hasta los dientes, que le acosaban de un lado para otro como a un coyote, hasta ir reduciendo su radio de acción, dejándole encerrado en un estrecho círculo del que no podía evadirse.

La sensación de pánico le obligaba a despabilar la modorra, y, rechinando los dientes de frío y de miedo, trataba de mantenerse despierto, sacudiendo sus brazos con furor para provocar una reacción que impidiese que el frío le congelase.

De nuevo volvió a salir el sol, que fue recibido con un suspiro de alivio. Humanamente no podía soportar una noche más como aquélla, y tenía que descubrir forzosamente la choza de Head, o sucumbir cuando estaba al borde de acabar su odisea.

La choza del barbudo mormón se le antojaba ahora un paraíso soñado. Allí había quedado leña, harina, café y algunas latas de conserva, y, en cuanto llegase a ella, saciaría su hambre y podría

proveerse de algunos artículos imprescindibles para continuar la huida.

Al evocar la choza, evocó al tiempo la figura del mormón y se preguntó qué habría sido de su cadáver. Estaba seguro de haberle dejado muerto o casi muerto, y en cualquiera de los casos no podía haber sobrevivido a la terrible herida.

Lo más seguro era encontrar su cadáver en plena descomposición, pero esto no iba a impresionarle ni a amenguar su terrible apetito. Había visto tantos así en su azarosa vida, que uno más no le causaba sorpresa.

Caminó parte de la mañana entre breñas, sin acertar a salir de aquella terrible cárcel, hasta que descubrió un cúmulo de peñascales bastante altos, desde los que podía registrar el paisaje, y, escalándolos con fatiga, alcanzó la cima.

Ansiosamente giró sus extraviados ojos en todas direcciones, y, al hacerlo hacia el Este, algo que brillaba al sol le sobrecogió.

Se trataba de una extensa y serena extensión de agua, y, tras un momento de desorientación, exclamó con feroz alegría:

—¡El lago!… El lago donde moría la torrentera y al que llegué por pura casualidad… Ahora ya sé dónde estoy.

Un viento furioso se había desencadenado en las alturas, anunciando un aproxima tormenta. El aire silbaba siniestramente al pasar encajonado entre los peñascales, y Zenker se veía obligado a realizar esfuerzos continuados para avanzar contra el viento.

Una de las ráfagas le cogió de sorpresa y arrancó de su cabeza el sombrero, haciéndole volar como un extraño pájaro. Quiso recogerle, pero el adminículo, rebotando de roca en roca, desapareció y tuvo que renunciar a él.

Ahora se hallaba en la senda que le había conducido a la choza y estaba seguro de llegar a ella sin extraviarse.

Usando de todas sus energías, descendió por las fisuras hasta salir a la senda, y, tras una buena jornada, descubrió por fin la choza abandonada y solitaria.

Con demente alegría corrió hacia ella y, dejando el caballo a la puerta, penetró, con los ojos enrojecidos por el nerviosismo, empuñando el revólver.

Pero, con gran asombro suyo, la choza estaba vacía. Todo aparecía sucio y revuelto, pero el cadáver de Head había

desaparecido.

Esto le causó asombro. Todo parecía indicar que el rudo mormón no había muerto, y al volver en sí poseyó energías para arrastrarse fuera de la choza, pero no podía haber ido muy lejos en aquel estado, y seguramente descubriría su cadáver por los alrededores.

Despreocupándose del mormón, se dedicó a buscar febrilmente en el interior las viandas que habían quedado, descubriendo el saquete de harina, el café, algunas latas de conserva —no se fijó en cuántas— y un paquete de tabaco.

Ansiosamente abrió con un hacha un par de latas y devoró el contenido, mientras se prendía la hoguera que había improvisado y cocía el agua. Luego, se preparó un buen pote de café, que apuró entero, y, por fin, atascó su pipa y la encendió, sintiéndose más optimista.

Había pasado un par de días terribles, pero, como siempre, la suerte le había protegido a última hora y todo se había solucionado a satisfacción. Solamente le quedaba la tarea de desenterrar el tesoro de Brigham y en una hora lo habría resuelto.

Se levantó y buscó el pico, sin encontrarle. Esto le contrarió horriblemente, pues sin dicho instrumento su tarea iba a ser lenta y agobiadora, pero si no lograba localizarlo emplearía el cuchillo y el hacha para abrir de nuevo el agujero.

Cuando salió recordó a Head, y se dedicó a buscar su cadáver por los alrededores, sin encontrarle. Esto le extrañaba nerviosamente, pues no podía admitir ni por un momento que el duro mormón se hubiese salvado.

Y, aunque así hubiese sido, lo lógico era haberle encontrado en la cabaña si continuaba en el monte, y el hecho de no descubrirle ni vivo ni muerto indicaba que, si había logrado salvarse, abandonó aquel lugar, quizá, para dirigirse al poblado.

Fuese como fuese, no contaba con él para nada. Desenterraría el tesoro y al siguiente día emprendería la ruta hacia el Este.

Al hacer su descubierta por los alrededores, descubrió por fin el pico, mohoso a causa de la humedad. Se encontraba abandonado en el mismo lugar donde abriera el hoyo para extraer el tesoro cuando hirió a Head, y no se explicaba por qué se encontraba allí.

Pero aquel detalle era secundario. Lo principal era que el pico

había aparecido y que podía emplearlo con eficacia y rapidez para desenterrar el botín.

Alegremente se dirigió al lugar donde lo tenía enterrado, y lleno de ansia examinó el terreno. Éste permanecía tal como él le dejara, y un suspiro de alivio brotó de su pecho.

El escondite se hallaba situado al pie de una roca de unos tres metros de elevación, recta por aquella parte, pero en pronunciada pendiente por el lado contrario. La roca, herida por el sol de la tarde, proyectaba su sombra sobre el lugar del enterramiento, alargándose bastante más allá.

Zenker cavó con ahínco, y al cuarto de hora empezó a desenterrar el botín. Con la tierra surgieron algunas monedas de oro, y poco después fueron apareciendo más, así como las alhajas.

Con mano temblorosa iba apartando a un lado las piezas, mientras separaba al otro la tierra, no sin palparla con cuidado para que no se quedase entre ésta alguna pequeña alhaja, y era tal su fiebre y su ensimismamiento, que parecía ausente de aquel lugar, sin preocuparse de lo que pudiera suceder a su alrededor.

Esta ausencia moral, creada por la codicia, iba a serle fatal a él, el hombre que toda su vida había vivido alerta sabiéndose amenazado, y no ignorando que su vida dependía muchas veces del estado de vigilancia a que se había entregado.

Por una de las trochas estrechas y pinas que rodeaban el lugar había surgido de repente una figura alucinante capaz de impresionar al hombre mejor templado.

Era un tipo de estatura media, ancho y recio, fuerte como un toro, vistiendo unos harapos que impedían reconstruir el atuendo a que habían pertenecido, pues sólo eran pingajos pendientes adheridos al cuerpo. Su rostro y su cabeza parecían los de un monstruo, pues poseía unas barbas crecidísimas y revueltas, que el barro había convertido en fragmentos pastosos y endurecidos, y un cabello cano, desgreñado, casi en punta, que por algunos sitios parecía rojizo obscuro a causa de ciertas manchas adheridas a él.

Lo que más impresionaba eran sus ojos y sus manos. Los ojos, trágicos, grandes, dilatados por un gesto de locura, brillaban como ascuas con una luz hiriente que hacía daño al mirarlos, y sus manos, renegridas, venosas, grandes y de largas uñas, parecían garras por el agarrotamiento que sufrían sus dedos.

Aquel ser siniestro, en quien nadie hubiese reconocido a primera vista a Head el mormón, avanzaba con cautela felina, moviéndose de un lado para otro, dando la sensación de que no apoyaba sus pesados pies sobre la roca. Ahora, en sus ojos parecía brillar una luz de inteligencia que le convertía en cauto y cruel, algo fuera de su estado habitual, que le estaba convirtiendo en un ser doblemente peligroso.

Como una cosa ingrávida avanzó hasta situarse en la parte posterior del peñasco a cuyo otro lado Zenker se afanaba en extraer su tesoro, y con una agilidad impropia de su pesado cuerpo trepó como un gato por la pina y escurridiza roca, y por fin alcanzó el remate, donde quedó con el cuerpo pegado a ella y la cabeza colgando por el reborde.

Abajo, Zenker, embebido por la alegría, limpiaba de tierra un enorme collar de policromadas piedras, y el reflejo que las gemas arrancaban al beso del sol poniente parecía reflejarse en los ojos del mormón, que cambiaban de color a cada movimiento de mano de Zenker.

De súbito, Head, con una poderosa flexión, se puso en pie. Su cuerpo, herido de través por la luz solar muy baja, reflejó grotescamente su sombra sobre la roca, a la derecha de Zenker, y éste, a pesar de su abstracción, captó el movimiento, y, alarmado, volvió la cabeza hacia aquel lado. Un gesto de asombro y de miedo se dibujó en su semblante al captar aquella grotesca sombra que tenía los brazos abiertos como en una trágica invocación, y, al darse cuenta de dónde procedía, llevó rápido la mano al costado y levantó los ojos para buscar a Head.

Pero éste, emitiendo un rugido de inhumana fiereza, se había lanzado al vacío fieramente, y antes de que Zenker tuviese tiempo a requerir el revólver, todo el peso brutal del cuerpo del mormón le había caído encima, tirándole a tierra.

El agredido adivinó que aquel ser terrible estaba loco, y, dominado por el pánico, trató de aferrarle por el cuello para estrangularle, pero la fuerza de un hombre solo era muy poca para dominar a aquel ser, cuya energía nacía de un estado de demencia insuperable.

Head, con sus manos, que eran garras de acero, asió el cuello de Zenker y le inmovilizó contra la roca. Sus ojos se encontraron

chocando como espadas, y las uñas del mormón empezaron a clavarse profundamente en la garganta de su enemigo, de la que brotó la sangre de modo impresionante.

Zenker se sintió morir asfixiado y destrozado. Fué una sensación que le advirtió que por aquella vez todo había concluido, y con esfuerzos desesperados intentó sacudirse aquella presión, pero en vano.

Aunque sus dedos se clavaban a la par en el recio cuello de Head, éste, duro e insensible al dolor, apretaba más cuanto más sentía en sus carnes la presión de las manos contrarias, y, poco a poco, Zenker, con la visión de la muerte reflejada en sus vidriados ojos, empezó a aflojar, en tanto que la saña de su enemigo iba en aumento. Pronto fue sólo un guiñapo entre los poderosos tentáculos del mormón. Éste, sonriendo siniestramente, había aflojado la presión, pero sus dedos lanzaban terribles tarascadas sobre el cuello de su víctima, y a cada movimiento realizado sus uñas arrancaban pedazos de carne que quedaban colgando de un modo alucinante.

Durante varios minutos se entretuvo en aquella cruel tarea, hasta que, sintiéndose satisfecho, al parecer, apartó sus manos y se puso en pie, contemplando a su víctima con los ojos desmesuradamente abiertos.

Una risa estridente y escalofriante brotó de su garganta con roncas vibraciones, y luego, de repente, atraído por la empuñadura del revólver, tiró de él con furor e, introduciendo el dedo en el gatillo, disparó con ira sobre el cuerpo de Zenker hasta agotar el cargador.

Aún se obstinaba en continuar disparando, pero cuando se dio cuenta de que sus esfuerzos eran vanos, levantó el brazo, furioso, y de la misma manera que Zenker le hiriese a él, así lanzó el revólver sobre su frente, abriendo en ella una terrible brecha.

Esto pareció calmar un poco su furia. Como un tigre en acecho, empezó a dar vueltas alrededor de su víctima como si temiese que aún pudiese levantarse para pelear, y durante un buen rato no abandonó aquella postura vigilante, hasta que, en una de las innumerables vueltas que dio, sus alucinantes ojos se posaron sobre el collar de piedras preciosas caído en tierra, y que al ser herido por los rayos del sol despedía irisaciones policromadas.

Como una fiera se arrojó sobre él y lo tomó delicadamente,

levantándole en alto y entreteniéndose en hacerle retemblar, para que el sol despidiese sobre sus piedras cambiantes multicolores, y este espectáculo parecía divertirle como divertiría a un inocente niño.

Cuando se cansó de aquel juego bajó la vista, y al descubrir el hoyo a medio vaciar y el brillo de las monedas y del resto de las joyas extraídas, se arrojó sobre el pico y empezó a cavar, sacando la tierra con la furia que los perros escarban en un cado para ponerle al descubierto.

Con la tierra salían despedidas las restantes joyas y monedas, que más tarde rebuscó con afán, formando un montón con ellas, en el que metía las manos para levantarlas y dejarlas caer de nuevo, divirtiéndole el tintineo de las monedas al caer.

Y así, en este juego trágico e infantil a la par, pasó más de media hora, hasta que un leve crujido cerca de él le obligó a levantarse como un tigre sorprendido, tomando a puñados las joyas y las monedas.

Capítulo Final

Cielo de amor sin nubes

TEXAS, NINO y Born se vieron sorprendidos por la noche en plena persecución del fugitivo, pero a pesar de que las sombras invadían el paso no quisieron detenerse, temerosos de que su presa hubiese continuado hacia adelante para ganar todo el terreno posible.

Así, en una galopada extenuante, a una hora muy avanzada de la noche, llegaron al puesto de recambio de caballos de la diligencia que cruzaban el paso, y solicitaron informes del guarda estación.

Éste, que montaba la vigilancia aquella noche, juró que ningún jinete había cruzado desde mediado el día por allí, y sus informes hicieron que Texas no continuase más adelante su persecución.

Era indudable que el fugitivo había encontrado alguna fisura por donde filtrarse al interior de la montaña, sabiendo que el paso corriente podía serle fatal, y decidió imitarle, seguro de que, tarde o temprano, llegaría a localizarle.

Solicitó por lo que restaba de noche un lugar para descansar, y el guarda estación les ofreció las varias yacijas que existían para que descansasen los viajeros en casos de accidente, o cuando la nieve cerraba el paso e impedía que las diligencias continuasen su

camino.

Durmieron hasta las ocho de la mañana, y a esa hora decidieron seguir la búsqueda, pero antes solicitaron del jefe del puesto algunos comestibles que les permitiesen pasar unos días en la montaña si era necesario.

El jefe les facilitó algunas latas de conserva, un buen trozo de tocino añejo y una gran torta de maíz, únicas viandas de las que podía disponer y cuyo importe abonó Texas generosamente, y, ya con aquellas reservas, se decidieron a continuar la búsqueda. Por la primera mella del talud que encontraron se filtraron en la montaña, y pacientemente trataron de orientarse para no perderse en aquel laberinto de rocas.

Se sabían cerca del campamento de Brigham, cosa que facilitaba la orientación, pero aún tardaron todo aquel día en alcanzar un lugar reconocible.

Fué el mugido de la torrentera por donde había caído Zenker el que les descubrió el lugar donde se encontraban, y, haciendo noche junto a ella, emprendieron la marcha al otro día.

Poco a poco consiguieron llegar al lago. Aquello no creían que les sirviese para nada, pero al menos se encontraban en lugares conocidos.

Hacía frío en la montaña y el aire soplaba con violencia arañando sus carnes, pues al emprender la persecución no sé encontraban equipados para permanecer en aquellas alturas varios días.

Pero, sobreponiéndose a las fatigas físicas, continuaron avanzando, escalando montículos, registrando el paisaje y calculando los posibles lugares por donde el fugitivo podía haberse internado.

Se hallaban entregados a tan ardua tarea, cuando Nino gritó desde lo alto de un peñasco:

—¡Eh, Born! ¿Qué diablo de pajarraco es ese que vuela por entre aquellas piedras a su derecha?

Born, atento a la indicación, revisó los peñascales, descubriendo el extraño pájaro, que no era otra cosa que el sombrero que el huracán había arrebatado de la cabeza de Zenker.

Born corrió tras él hasta alcanzarle y se lo mostró a Texas.

Éste, después de examinarle, exclamó:

—¡Que se lleve mi alma el diablo si este sombrero no lo vi yo sobre la cabeza de ese reptil cuando le sorprendimos en la calleja de Salt Lake! Pero, sea o no sea de él, quien lo ha perdido lo hizo recientemente, ni está húmedo del relente de la noche, ni casi empolvado, lo que indica que hace muy poco tiempo dejó de cubrir la cabeza de su dueño. Creo que esto es bastante para que extrememos nuestro celo y busquemos a su propietario.

Conformes con sus manifestaciones, siguieron buscando, pero la pista parecía morir con el adminículo, y los tres empezaban a desesperar de encontrar a su enemigo.

Ya a media tarde, cuando habían avanzado bastante, Texas escaló unos altos peñascales, y, al tender la vista, gritó:

—Escuchen; allí, hacia mi derecha, descubro una choza miserable que debe pertenecer a algún mormón. Quizá éste pueda facilitarnos alguna pista.

—¡Pues adelante! —replicó Born—. ¡Estaría bueno que se hubiese refugiado allí ese sapo venenoso!

—¡Oh, sería cosa buena no más! —exclamó Nino—. Me gustaría para prender fuego a la cabaña con él dentro y verle arder o así como una tea.

Tomando precauciones al avanzar, buscaron los sinuosos caminos que podían conducirles a la choza, y cuando ya creían haber ganado bastante terreno, el estampido simultáneo de varias detonaciones les envaró.

—¡Por Judas!… —rugió Texas—. ¿Qué es eso? ¿Será una nueva hazaña de ese chacal?

—¡Corramos! —exclamó, nervioso, Born, mientras empuñaba el revólver.

—Los tiros no han vibrado lejos. Han partido de aquella parte, detrás de esos peñascos.

Dejando los caballos a su albedrío, corrieron por entre las peñas buscando el lugar exacto donde habían vibrado las detonaciones, pero les sorprendía no captar una voz humana en el silencio aplastante de las alturas, ni signos continuados de una posible lucha.

Quien había disparado debía lograr su objetivo, y debían caminar alerta para no verse expuestos a recibir la caricia de su plomo.

Por fin, Texas rodeó un pequeño talud, y, al asomar la cabeza por el reborde antes de avanzar, quedó sorprendido al descubrir frente a él a un tipo astroso y extraño, que, de rodillas en la tierra, parecía remover algo que yacía junto a él.

Hizo señas a sus compañeros para que se acercasen, y cuando los tres lo hubieron contemplado vuelto de espaldas a ellos, Texas murmuró:

—Preparen las armas; vamos a sorprenderle. Parece un solitario de las montañas, pero no debemos fiarnos de eso.

Avanzaron en silencio con los revólveres empuñados, pero, a pesar de sus precauciones, el fino oído del loco captó sus pasos y se volvió bruscamente.

Texas, al echar un vistazo rápido alrededor, descubrió un sangriento bulto a su derecha, y, sin reconocer a Zenker, encañonó a Head, gritando:

—¡Quieto!… ¡Arriba las manos!

Head le miró estúpidamente como si no comprendiese el trágico mandato, y hoscamente se arrodilló, tomando grandes puñados de las esparcidas joyas, que trataba de introducir en los bolsillos, aunque parte de ellas volvían a caer a tierra por el destrozo que sufría el atuendo del mormón.

Éste no abandonaba el policromado collar que tanto le había llamado la atención, y, lanzando furtivas miradas a Texas, Nino y Born, que se iban aproximando a él con los revólveres empuñados, seguía en su tarea de guardarse joyas y monedas febrilmente.

Los tres aventureros se dieron cuenta de que se trataba de un ser anormal, y no quisieron disparar sobre él mientras no se revolviese contra ellos. Abrigaban la esperanza de dominarle y poder averiguar algún detalle que les diese la pauta de lo sucedido.

Pero cuando casi habían formado un círculo en torno a él, Head, como un felino, saltó elásticamente, atropelló a Nino, que a pesar de su corpulencia estuvo a punto de caer a tierra, y con una velocidad impropia de su persona echó a correr con las joyas aprisionadas, mientras gritaba de modo incoherente:

—¡Mío! ¡Mío!… ¡Tesoro! ¡Brigham!… ¡Lane robó!…

Y antes de que pudieran darse cuenta de lo sucedido, el demente se había escapado por entre los peñascales que sembraban el terreno.

Nino lanzó un rugido de rabia y recogió, el revólver que Head había hecho caer al suelo al saltar sobre él, pero Texas gritó:

—¡No dispares, Nino! ¡Procura cogerle vivo; le necesitamos!

El mejicano corrió tras el mormón, lanzándole epítetos terribles y emitiendo feroces amenazas, pero el loco corría como un gamo, haciendo sudar a Nino, que se sentía incapaz de competir con él en la carrera.

Head evadía la persecución haciendo regates inverosímiles a través de los peñascales, y poco a poco, como atraído por el sordo murmullo de la corriente, se iba acercando al borde de la sima por donde corría la torrentera.

Nino confiaba en que, al llegar a ella, se viese obligado a derivar a la izquierda, y maniobró para cortarle la retirada, pero, con gran asombro suyo, se produjo algo que no esperaba.

El loco llegó al reborde y, sin detenerse, obsesionado por su codiciada presa, rebasó el terreno firme y, como si hubiese sido absorbido por una mano invisible, se hundió en el vacío, emitiendo un terrible grito que sacudió todos los nervios del mejicano.

Cuando éste, trágicamente impresionado, se acercó al borde del risco, nada pudo distinguir. El agua corría a una gran profundidad y las sombras del atardecer borraban los contornos de la sima.

Furioso, se volvió junto a sus compañeros, gruñendo:

—¡Maldito sea todo Méjico!… Con lo que vale o así todo eso que se ha llevado estúpidamente al fondo del abismo tenía yo para vivir feliz toda mi vida…

Cabizbajo y mustio, se unió a sus compañeros. Éstos se hallaban muy asombrados reconociendo el destrozado cadáver de Zenker. Ahora sí que no podía caberles duda alguna que el cruel secretario había, purgado todos sus delitos y de qué forma más terrible.

Texas volvió la cabeza al sentir regresar a Nino, y preguntó:

—¿Qué sucede, Nino?

—Nada agradable, ¡maldita sea Jalisco! ¡Ese bicho se dejó hundir en la torrentera con todo ese caudal, sin darme tiempo a echarle mano! ¡Qué lástima!

—Bien, eso no me preocupa —afirmó Texas—. No era nuestro, y nada perdemos con ello; en cambio, esto, que es una realidad tangible sí que debe regocijarnos. Dice el refrán que «hágase el milagro y hágalo quien lo hiciere». Nos ha arrebatado a los tres el

tomarnos la venganza por nuestra mano, pero la hidra ha muerto para siempre, que era lo importante.

—Cierto —comentó Born—; lo que no me explico es lo que ha sucedido y cómo ese pobre loco…

—Creo que, en parte, podemos explicárnoslo —interrumpió Texas—; por un motivo ignorado, Zenker ocultó aquí la parte que pudo conservar del tesoro, y su codicia le movió a no seguir la fuga sin antes rescatarlo. Debió ser sorprendido por el loco cuando desenterraba el tesoro, y, distraído, no captó la llegada de él. La lucha debió ser feroz; no hay más que ver cómo le ha destrozado la garganta… Luego, sin duda, para mejor rematarle, descargó todo el cargador de su revólver sobre él. Aunque un poco tarde, el destino ha sido justo e inexorable con esta fiera humana.

—Sí —dijo Born—, y por mi parte me siento satisfecho, aunque no haya sido yo el que le hiciese desaparecer del mundo. Como quiera que sea, mi felicidad futura ya no tiene nubes sobre su cielo.

Nino preguntó:

—¿Qué piensas hacer con esta carroña, manito?

—Dejarla ahí para que se envenenen los coyotes. Un ser tan repugnante como éste no merece los honores de una sepultura. Ahora, levantaremos un acta atestiguando que ha muerto y que hemos reconocido su cadáver, para legalizar su muerte y que Vera se sienta libre del terrible lazo que le unía a él. Nuestra misión ha concluido y nos volveremos al rancho para nunca más salir de él.

Recogieron lo poco que había quedado del tesoro, y, montando a caballo, decidieron abandonar la montaña.

A pesar de que las sombras se estaban echando encima, como conocían el terreno no les fue difícil poder salir de nuevo al paso.

De madrugada entraban en Salt Lake City, donde la calma había renacido de nuevo. Los mormones, destrozados, se habían retirado medrosamente a sus cubiles, y una paz absoluta reinaba en el poblado.

Cuando al fin alcanzaron el palacio del gobernador, éste se mostraba intranquilo por la ausencia de los tres aventureros. Había realizado infinidad de gestiones para localizar sus cuerpos, pues creía que habían caído en la trágica lucha.

Fué para él una enorme alegría volverlos a encontrar vivos, y Texas le hizo un relato detallado de su odisea desde que galoparon

en pos de Zenker.

En su presencia se redactó el acta atestiguando la muerte del monstruo, siendo firmada por los tres. Texas se encargaría de cursarla a Wáshington después de mostrársela a Vera, para que se legalizase la defunción y ella quedase legalmente viuda.

Los tres aventureros, deseosos de reunirse de nuevo con los seres queridos que esperaban angustiosamente a muchas millas de distancia, decidieron partir al siguiente día. Ya no había motivos para demorar el regreso, concluida para siempre la trágica aventura.

Texas puso un telegrama a Snok advirtiéndole que el asunto había quedado definitivamente zanjado, y otro a Stella, en el que decía:

«Querida Stella:

Por fin podremos vivir tranquilos y felices el resto de nuestros días, sin que nada amenace nuestra felicidad. Advierte a Vera que vaya preparando sus cosas. Born llega radiante de felicidad y deseoso de legalizar la situación a toda marcha.

«Jim».

Antes de partir tuvo ocasión de asistir a un suceso que parecía que por fin iba a solucionar el problema mormónico. Brigham había terminado por aceptar las condiciones impuestas por el Gobierno, y, una vez refrendado el acuerdo por sus secuaces, acababa de ser puesto en libertad.

El gobernador le entregó todo lo que había sido rescatado de su valioso tesoro, advirtiéndole que el resto dormiría por los siglos de los siglos en el fondo de la torrentera.

Los mormones se mostraron muy satisfechos de la solución, aunque el gobernador quedaba con ciertas reservas para el

porvenir. Varias veces había revivido aquel espinoso problema, y, mientras Brigham viviese, la sombra de esta amenaza flotaría en el ambiente.

* * *

Ocho días más tarde, tres jinetes traspasaban la ancha puerta que daba acceso al rancho de Texas. Los tres, tostados por el sol, un poco enflaquecidos por las vicisitudes sufridas, pero reflejando en sus morenos semblantes la satisfacción por el éxito, llegaban ansiosos de estrechar entre sus brazos a las mujeres que todo lo constituían en sus vidas.

Stella, Vera y Daphne, reunidas en el pórtico del rancho, esperaban con ansia su llegada. Junto a ellas, dos angelotes, uno de rubios cabellos y otro con el pelo como la endrina, jugaban en la tierra, mientras un muchachito serio y espigado, vestido severamente de negro, se recreaba en un banco con la lectura de un lindo libro de cuentos.

Cuando los jinetes avanzaron por el enarenado paseo, tres gritos de inmenso júbilo saludaron su llegada, y, antes de que tuvieran tiempo de desmontar, ya unos brazos suaves y amorosos habían saltado a sus cuellos.

Vera, la más emocionada por ser la que más en peligro había visto su felicidad, se dejó besar dulcemente por Born, quien exclamó, conmovido:

—Vera, ahora puedo hacerlo sin que ello signifique ni un pecado ni un insulto. Desde este momento puedes considerarte mi mujer para toda la vida.

Ella, indecisa, con los ojos brillantes, le tomó las manos, contemplándolas con miedo, y por fin balbució:

—¡Oh, Born, yo también soy muy feliz en este momento, pero me da miedo pensar que esta felicidad tenga una huella sangrienta escrita en las palmas de tus manos!

Él, sonriente, se apresuró a tranquilizarla, afirmando:

—Desecha esos temores, Vera; por suerte o por desgracia, ninguno tuvimos el placer de ser los autores de la muerte de ese monstruo. La Providencia actuó por su propia cuenta, y cuando menos lo sospechábamos y por quien menos lo esperábamos, recibió

el castigo. Le mató su codicia, haciéndole sufrir una de las muertes más horrorosas que he conocido.

Y concisamente le dio detalles del trágico fin de Zenker.

Vera, resplandeciente de felicidad, se tranquilizó. Aunque su ex marido había sido el monstruo más grande de la tierra y merecía el más terrible castigo, para ella hubiese sido un tormento inaguantable saber que quien le había substituido en su corazón podía haberlo logrado manchándose las manos con su negra sangre.

Texas, en unión de Stella, se había retirado al interior del rancho, llevando entre ambos a su hijo, mientras que en el porche quedaban Nino, Daphne y los dos niños.

Él mejicano, radiante de felicidad, sostenía entre sus rudas manos el delicado cuerpo de Guadalupe, poniéndola al sol para que el oro del astro rey iluminase mejor su moreno rostro, y mascullaba:

—Bueno va, manita Guadalupe. A ver cuándo creces mucho o así, ¡maldita sea Jalisco!, para buscarte un buen marido. No olvides que de ti depende que yo sea gobernador de California. Manito Texas me lo ha prometido, y cuando, manito Texas promete una cosa, ¡maldita sea Guadalajara!, antes se hunde el mundo que no se cumple. Yo seré gobernador, porque para eso capturé a aquel sapo de las barbas largas, y cuando sea gobernador tú habitarás en un palacio de Sacramento o Santa Fe y la gente se pondrá de rodillas a tus pies para besarte la mano.

Luego, reparando en; el muchacho, que separado en el banco le miraba con sus ojos tristes, gruñó:



—Ralph, ¿qué diablos haces ahí, que no vienes a dar un beso y un abrazo a papá Nino? ¿Qué orgullo es ese, muchacho? ¿Acaso crees que no va a haber nada para ti en el reparto? Tú eres Ralph Mendoza, el hijo de Nino Mendoza, quieran o no quieran las gentes, y tú te casarás con una ranchera o así y serás mi secretario, ¿cómo no?, y cuando tu padre, cansado de administrar justicia, se retire a administrar sus bienes, el hijo de Nino Mendoza le sucederá en el cargo y será tan célebre como él, porque…, quiera tu madre o no quiera…, mañana te compro un «Colt» del 45 como el que tu padre lleva al cinto, y hasta que no se te deshagan los huesos disparando con él no te dejaré de la mano. Pistolero, no, ¡maldito sea todo Méjico!, pero todo un hombre, sí, y aquí los hombres, en este rincón del Oeste, se miden más y se respetan más por su rapidez disparando balas, que echando discursos. Con discursos no se vence a los sapos como Oliverio Zenker, que el demonio se haya tragado allá arriba, para que le sirva de veneno.

Y tomando en cada brazo a uno de los muchachos, se internó en el rancho, seguido de su esposa, que sonreía a través de sus lágrimas.

FIN DE LA NOVELA



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».